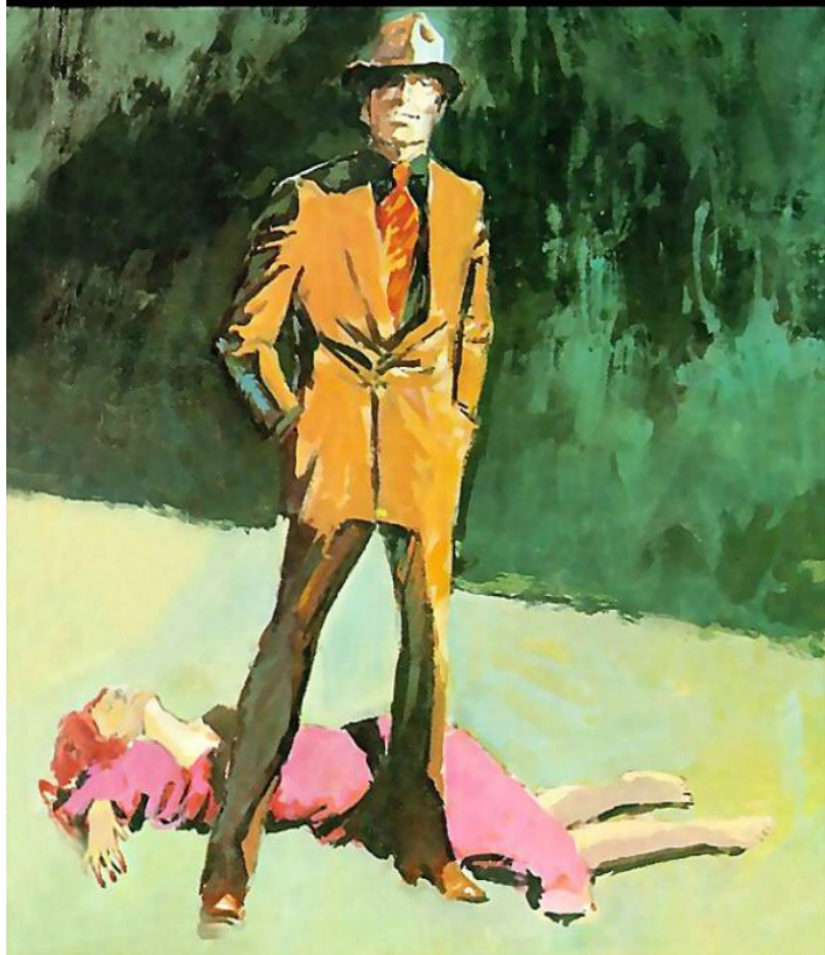


SERVICIO
SECRETO

SS

EL ENEMIGO PUBLICO NUMERO UNO

Adam Surray





SERVICIO SECRETO



ADAM SURRAY

EL ENEMIGO PÚBLICO

NÚMERO UNO

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.559

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUCUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.548 -El caso de la dama ultrajada.

En Colección SALVAJE TEXAS:

878 -El último de los McClure.

En Colección KANSAS:

1.099 -Dos tejanos.

En Colección PUNTO ROJO:

863 -La ley del asfalto.

En Colección COLORADO:

1.141 -Escrito con sangre.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

425 -Cow-boy.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

480 -Phantom Ranch.

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal: B. 17.959 - 1980
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: junio, 1980

© Adam Surray - 1980
Texto

© Desilo - 1980
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de *Editorial Bruguera*, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1980

CAPÍTULO PRIMERO

Ralph Crichton escupió la brizna de tabaco pegada a su labio inferior.

—¿Estás seguro, Matt?

—Sí, jefe. Es Dam Shepard. Uno de los ayudantes del fiscal Lewis Tamblyn. Su protegido. Incluso se rumorea que pronto celebrará matrimonio con la hija de Tamblyn.

Ralph Crichton empujó hacia atrás el sillón giratorio para incorporarse y acudir frente a un gran espejo que adornaba la pared del despacho.

Al pulsar un resorte, el espejo se transformó en diáfano cristal.

Desde allí se podía contemplar una panorámica de la sala de juego.

—¿Dónde está?

—En la mesa de dados —indicó Matt Landis—. Es el joven alto de la chaqueta cremosa y corbata de rayas. El que está con Sally. Lleva acudiendo al Royal Flush tres días seguidos. Me resultaba familiar su rostro e investigué. También ayer permaneció con Sally.

—¿Qué diablos buscará aquí?

Matt Landis era un individuo de rostro enfermizo y ojos amarillentos. El *smoking*, más que favorecer, le hacía parecer un pingüino. Su insignificante aspecto resultaba engañoso. Era más peligroso que una serpiente de cascabel. Astuto, frío y carente de escrúpulos. Capaz de vender a su madre por unos centavos.

—Sally es un buen motivo, ¿no?

Ralph Crichton ladeó la cabeza.

Dirigió una mirada a Landis.

—¿Crees que...?

—¿Por qué no? Ya conoce a Sally. Joven, bella y poco accesible. No es como las otras.

—Cierto. ¿Has hablado con ella?

—Sí. Me envió al infierno. No le resulto simpático.

Crichton esbozó una sonrisa.

Matt Landis gozaba de muy pocas simpatías. Su viscosa mirada causaba instintiva repulsión. En aquellos amarillentos ojos se reflejaban los vicios más degradantes.

—Sí, recuerdo cuando llegó al Royal Flush. A los pocos días intentaste abusar de ella. ¿Eh, Matt? La chica resultó inteligente. Había engatusado previamente a Terry Lemmon. Incluso le invitó a compartir con ella su apartamento.

—Terry es un tarado.

Ralph Crichton rió divertido.

—Oh, sí... Pero capaz de matar a un hombre de un solo puñetazo. Él protege a Sally. De ahí que nadie se atreva a molestarla. Cualquier orden de Sally es cumplida por Terry con la fidelidad de un perro.

—Debió despedir a Terry aquel día. Casi me mata.

—Tú te lo buscaste, Matt. Sabes que con Terry no se puede razonar. Eres mi hombre de confianza, pero no podía despedir al bueno de Terry por una simple tontería. Todos aquí le apreciamos, y... ¡ya se larga!

Matt Landis se aproximó al cristal.

Empequeñeció sus amarillentos ojos.

—Permanece poco tiempo. De seguro que teme que alguien pueda verle en el Royal Flush. No es el lugar adecuado para recreo de un ayudante del fiscal Tamblyn. Sospecho que trata de conseguir los favores de Sally y ella se hace la estrecha.

Crichton mordisqueó el cigarro retornando tras la mesa escritorio.

Respiró con fuerza.

—Por un momento temí que investigara por orden de Tamblyn. Se habla de una gigantesca campaña para combatir el tráfico de drogas del sindicato del vicio. El fiscal del distrito está...

—Nosotros no somos caza mayor, jefe —interrumpió Landis—. Eso queda para el clan de Jaekel o para la organización de Simonetti. También yo he oído hablar de esa campaña. No son rumores. El propio Lewis Tamblyn la dirige. Contra las drogas, la prostitución organizada, los sindicatos del crimen... Nosotros somos vulgares peones. Sin atrevernos a salir del cascarón y pagando la

correspondiente cuota a Vittorio Simonetti.

—Sí, maldita sea...

—Voy a echar un vistazo por la sala, jefe.

Matt Landis abandonó el despacho.

Ralph Crichton se reclinó en el sillón. Succionó repetidamente el cigarro, exhalando bocanadas de azulado humo.

Pensativo.

Paulatinamente una sonrisa fue asomando a su rostro.

Crichton frisaba en los cincuenta años de edad. Se había criado en los barrios bajos de Chicago. Junto con los chicanos y los negros. Toda su vida fue una continua lucha hasta convertirse en el propietario del Royal Flush. Una sala de juego mediocre y, por estar enclavada en el Distrito 15, bajo la... tutela de Vittorio Simonetti.

El negocio, marchara bien o mal, tenía que pagar una cuota a la organización de Simonetti.

El sueño de Ralph Crichton era amasar un buen puñado de dólares y retirarse a vivir plácidamente el resto de sus días. Lo intentó un par de veces. Y lo pagó con ocho y cuatro años respectivamente.

En la prisión de Wolfeville.

Aún no había renunciado a su sueño.

Esperaba una oportunidad.

Y parecía haber llegado.

Ralph Crichton atrapó el teléfono situado sobre la mesa. Tecleó tres números del panel.

—Soy Crichton... Que suba Sally Hingle a mi despacho.

Volvió a colgar el micro.

Se incorporó para apartar el cuadro que ocultaba la caja fuerte empotrada en la pared.

La abrió.

Al no encontrar lo que buscaba quedó unos instantes indeciso. Colocó de nuevo el cuadro dirigiéndose al archivador metálico. Comenzó a rebuscar entre los cajones hasta dar con el envoltorio.

Retornó a la mesa.

Quitó el papel descubriendo un revólver que introdujo en el primer cajón de la mesa escritorio.

Justo en el momento en que se abría la puerta del despacho.

—Hola, Sally... Pasa y toma asiento.

—¿Ocurre algo, Ralph?

Crichton sonrió.

—Nada importante. Siéntate.

Sally avanzó hacia el sillón situado frente a la mesa.

Con innato ondular de caderas.

Sí.

Sally Hingle era distinta a las demás chicas del Royal Flush.

De unos veinticuatro años de edad. Rostro de salientes pómulos, ojos rasgados, labios gordezuelos... Lucía un vestido de audaz escote en «V». Era visible el palpitante de sus erectos senos. Al sentarse y cruzar las piernas, la abertura lateral del vestido mostró con generosidad los esbeltos muslos enfundados en finos panti.

—Quiero hacerte unas preguntas, Sally. Relacionadas con Dam Shepard.

—¿Ha hecho trampas con los dados?

Ralph Crichton volvió a sonreír.

Le agradaba Sally.

Bella, inteligente y con sentido del humor.

—¿Dónde le conociste, Sally? ¿Aquí?

—Una amiga me invitó la semana pasada a un party. Una cena de magnates. Me aseguró que no habría desmadre ni orgía final. Simplemente se trataba de hacer compañía a dos fulanos que carecían de pareja. Acepté. Fue en el Roxy Hotel. Todo muy correcto. Incluso acudieron individuos con sus esposas. Allí conocí a Dam Shepard. Un tipo muy simpático.

—¿Sabes a qué se dedica?

—No me mostré muy interesada, pero él mismo se confesó abogado. Quiso llevarme a su casa. Un *bungalow* de Long Boulevard. No fanfarroneaba. Mi amiga dijo que Dam Shepard descende de aristocrática familia.

—¿Aceptaste la invitación?

—¿Ir a su *bungalow*? No, Ralph. No es mi tipo.

—Él sí parece interesado por ti.

Sally se encogió de hombros.

—Le he catalogado. Dam Shepard perdió recientemente a su madre. Huérfano de padre desde hace mucho tiempo. Su madre le retuvo pegado a sus faldas. Y ahora el pájaro quiere volar.

—Es uno de los ayudantes del fiscal Tamblyn.

—¿De veras? No lo dudo. Es un hombre inteligente, aunque un poco incauto. Me confiesa que está prometido y acto seguido me invita a pasar la noche en su *bungalow*. Sospecho que su prometida no le permite muchas libertades.

—La hija de Tamblyn es condenadamente fea. Tú le has deslumbrado, Sally. Tu belleza le ha trastornado.

—Es posible. Yo misma fui la primera sorprendida al verle aparecer en el Royal Flush. Mi amiga le informó de que trabajaba aquí.

—¿Qué quiere de ti, Sally?

La muchacha enfrentó sus rasgados ojos a los de Crichton.

Esbozó una maliciosa sonrisa.

—¿No lo imagina? Lo de todos.

—¿Y sigues sin aceptar?

—Ahá. Hoy, por cuarta vez, le he dicho que no. Mañana volverá a intentarlo.

—¿Por qué te niegas?

—Eso es asunto mío, Ralph.

—Eres ambiciosa, Sally. Me consta. Te he observado en estos siete u ocho meses que llevas en el Royal Flush. No pierdes el tiempo. Si un cliente no adquiere más fichas o no gasta en consumiciones, buscas de inmediato otro. Y otro. Y otro...

—Pienso en mi porcentaje. Sí, soy ambiciosa, Ralph. Me gusta el dinero y me repugna el conseguirlo engatusando a babosos para que gasten fichas en las mesas de juego. Cuando ahorre un puñado de dólares, mandaré al Royal Flush al infierno.

—Aceptando invitaciones como las que sugiere Dam Shepard te resultaría más fácil ahorrar.

—No lo dudo, pero ocurre que los hombres me asquean.

—Comprendo.

—No, Ralph. No comprende. No es lo que imagina. Cuando tenía trece años fui violada por una pandilla de bastardos. Y desde aquel día, vomito sólo de pensar en hacer el amor con un hombre. El permitir las caricias mientras juegan a la ruleta ya me produce náuseas.

Crichton chasqueó la lengua.

—Ignoraba tu problema, muchacha. En verdad debe ser muy desagradable para ti el trabajar aquí. ¿Cuánto dinero proyectas

reunir para poder marcharte del Royal Flush?

—Con cinco mil dólares me largaría a Illinois. Quiero establecerme allí. En Springfield tengo amistades.

—Puedo ofrecerte ocho mil dólares, Sally.

—¿En fichas o en efectivo?

—No estoy bromeando.

—Por favor, Ralph... Difícilmente consigue pagar la nómina del personal.

—Ocho mil dólares si aceptas la invitación de Shepard.

Sonrió.

—Empiezo a adivinar el juego... Chantaje.

—Correcto.

—Olvídalo, Ralph. Dam Shepard, como he dicho, es hombre inteligente. Le gusta pisar terreno firme. Hoy mismo le insinué tomar una botella de champán en uno de los reservados. Se negó. Me sorprendió, pero ahora lo comprendo. Es prudente. Teme cualquier encerrona. Una cámara oculta, un magnetófono... No, Ralph. Shepard sólo me llevarla a su *bungalow* y con todo tipo de precauciones.

—Unas fotografías escabrosas no darían resultado con Shepard. Recuerda que es un hombre soltero. Ciertamente que turbaría su compromiso con la hija de Tamblyn, su honorabilidad... pero, no hasta el extremo de inquietarle en demasía.

—¿Entonces...?

—Mi plan es muy sencillo, Sally —sonrió Ralph Crichton—. Vamos a complicar a Dam Shepard en un asesinato.

CAPÍTULO II

La muchacha se incorporó.

—¿Adónde vas, Sally?

—Puede dar por terminada la conversación, Ralph. Conozco sus antecedentes y ciertos... negocios que se realizan bajo los tapetes del Royal Flush. Soy prudente y mantengo la boca cerrada. No me importan. Pero de eso a comprometerme en un asesinato... No, Ralph. Soy demasiado joven para pudrirme en una celda.

Crichton sonrió.

Sopló sobre la nivea ceniza del cigarro.

—Siéntate, Sally. Yo soy zorro viejo. Desgraciadamente han transcurrido muchos años de mi vida entre rejas. Los mejores. Ahora no lo soportaría. No es mi deseo volver a prisión. No me arriesgaría a ello por nada del mundo. Lo de Dam Shepard ha sido una idea súbita. Madurada hace apenas unos minutos cuando Landis me informó de la identidad del tal Shepard.

—Tiene muy malas ideas, Ralph.

—No será un asesinato, pero sí algo muy similar. Algo que comprometerá a Dam Shepard. Lo de las fotografías escandalosas, tal como se desenvuelve la sociedad actual, no sería suficiente. Puede que incluso fanfarroneara de ellas. No, Sally. Tengo otro plan. Imagina a Shepard en un *bungalow*. Con una joven desnuda en su lecho. Ella toma su bolso depositado sobre la mesa de noche. Shepard cree que va a empolvase la nariz, pero la chica saca una pistola y, apoyando el cañón en la sien, aprieta el gatillo. ¿Cuál sería la reacción de Shepard al encontrarse con tan hermoso cadáver?

Sally parpadeó.

Perpleja.

Lentamente, volvió a sentarse.

—Un momento, Ralph... No acabo de entenderlo. ¿Quieres que

por ocho mil dólares me pegue un tiro en la cabeza?

—Eso es.

—¿Estás de «viaje»?

Crichton rió divertido. Sin importarle el comentario ni el tutear de la joven.

—No, Sally. Sabes que no soy adicto.

—¡Entonces está loco!

Ralph Crichton abrió el cajón de la mesa escritorio.

Extrajo, el revólver.

—Con este revólver, Sally. Ocho mil dólares. Sólo por hacer esto...

Crichton aproximó el cañón a su sien derecha.

Fríamente, con una sonrisa en los labios, apretó el gatillo.

La seca detonación fue acompañada por un ladear de la cabeza de Crichton al acusar el impacto. Se reclinó hacia atrás. Con los ojos muy abiertos. En su sien apareció un negruzco círculo de donde comenzó a brotar bermejo líquido que resbaló por su mejilla.

Sally estaba como paralizada.

Dominada por el estupor.

Pálida y sin reaccionar.

Cuando se disponía a gritar con todas sus fuerzas, sonó la carcajada.

—¿Qué te ha parecido, Sally? —rió Crichton, sacando un pañuelo del bolsillo superior de la chaqueta—. Impresionante, ¿eh?

—No... no...

Ralph Crichton se pasó el pañuelo por la mejilla.

—Por supuesto que no estoy muerto, aunque esto sí es sangre. No se trata de una vulgar ampolla de sangre. Lo que en verdad proporciona realismo es el parche.

Crichton arrancó cuidadosamente el negruzco círculo pegado a su sien. Hizo una mueca al sacar también algunos pelos.

Sally no salía de su asombro.

—Llegué a pensar...

—Estos proyectiles los utilizan los expertos en trucaje para las películas violentas. Totalmente inofensivos. Se produce una detonación similar a la de un disparo real. El proyectil, formado por una esfera que contiene sangre y otras sustancias, hace impacto sobre el cuerpo. La esfera, creo que de silicona u otro material,

forma un pequeño círculo al chocar y queda adherida al cuerpo. Hay que dejar un pequeño espacio entre el cañón y la sien. ¿Quieres probar tú? —Crichton empujó el revólver hacia la muchacha—. Puedes disparar contra la palma de la mano o una pierna. Procura no manchar la alfombra.

—No, gracias.

—Sigues impresionada, ¿eh?

—Lo estoy.

Ralph Crichton se incorporó acudiendo a un pequeño mueble-bar.

Tomó una botella de Johnnie Walker y dos vasos.

Tendió uno a la muchacha.

—Por tus ocho mil dólares, Sally.

—Aún no he aceptado, Ralph. Ni pienso hacerlo. No me gusta.

—No seas estúpida. No hay riesgo alguno. Tú misma lo has visto.

—No estoy pensando en el revólver. Reconozco que es un buen truco, pero... ¿Y luego? Puedo engañar a Dam Shepard durante unos minutos, pero no fingirme muerta durante horas.

—Yo estaré cerca del escenario. A una hora convenida haré mi aparición. Segundos después de que tú aprietes el gatillo. Dam Shepard no tendrá tiempo de reaccionar. Me presentaré preguntando por ti. Le diré que estoy algo preocupado, que te llevaste mi revólver... Puedo incluso hacerte pasar por mi chica, y, enterado de la cita con Shepard, acudo a rescatarte. O bien acusarte de un robo, en el Royal Flush... Puedo inventar cientos de pretextos para justificar mi aparición.

Sally bebió un sorbo de *whisky*.

Pasó la punta de la lengua por los carnosos labios.

En silencio.

Una pausa que impacientó a Crichton.

—¿Qué ocurre, Sally? ¿Por qué dudas?

—¿Qué seguiría luego, Ralph?

—¿Luego? Es fácil de adivinar —sonrió Crichton, sirviéndose un segundo *whisky*—. Dam Shepard, aturdido y asustado, terminará por confesarme lo ocurrido. Yo me ofrezco a ayudarle. Una pequeña... gratificación a cambio de desembarazarle del cadáver. Y Shepard aceptará a ojos cerrados.

Sally sonrió.

—No está mal, Ralph; aunque yo tengo otra hipótesis. Shepard, lejos de acobardarse, toma el teléfono y avisa a la policía para comunicar lo ocurrido. ¿Qué hacemos?

—Eso no ocurrirá, Sally. No puede ocurrir. Dam Shepard, ayudante del fiscal y hombre conocedor de las leyes, sabe bien lo que acontece después de una llamada a la policía. El Departamento de Homicidios husmeando por el *bungalow* el interrogatorio, los periodistas... ¿Suicidio, accidente? Muy extraño. Una muchacha acude a una cita amorosa, se desnuda en el dormitorio y, en vez de amenizar la velada con champán, se pega un tiro. ¿Por qué, señor Shepard? ¿Acaso confundió la píldora con una bala?

Sally rió divertida.

—Ésa ha estado bueno, Ralph.

—Dam Shepard no acudirá a la policía jamás. No sólo por el temor de ser acusado de tu... muerte. Hay mucho más de por medio. Aun demostrando su inocencia, el fiscal Tamblyn le apartaría de su equipo. Su carrera como abogado quedaría muy mal parada. Su prometida cancelaría el compromiso... No, Sally. Son demasiados los inconvenientes para que rechace mi ayuda.

—¿Cuánto piensas sacarle, Ralph?

—Lo máximo. Ignoro su capital disponible, pero lo exprimiré como a un limón. Poco o mucho, tú te conformarás con los ocho mil dólares.

—Seguro.

—Hay algo más, Sally. Debes largarte de Chicago y no volver a pisar la ciudad en muchos años. Para Dam Shepard eres un cadáver. ¿Conforme?

—Ya conoces mi proyecto de establecerme en Springfield. Chicago me resulta apestosa. Sigo sin acostumbrarme a los parques de ganado que cercan la ciudad.

Ralph Crichton ocupó el sillón giratorio.

Aproximó la llama del encendedor de mesa al apagado cigarro.

—¿Prometió volver mañana?

—¿Shepard? Sí, Ralph. Y de nuevo me invitará a su *bungalow*.

—Perfecto. Quedará gratamente sorprendido cuando aceptes. Mañana ultimaremos los detalles. Este asunto queda entre nosotros, Sally. Un secreto entre tú y yo.

La muchacha se incorporó.

Dejó el vaso sobre la mesa.

—Me preocupa la forma de realizar el... «suicidio». Pegarme un tiro sin más ni más puede hacer sospechar a Shepard.

—Muy cierto, Sally. También estudiaremos eso.

—¿La ruleta rusa? Puedo simular que...

—No, Sally —interrumpió Crichton—. Dam Shepard no te permitiría ese juego. Te arrebataría el arma y entonces todo se iría al diablo. Puedes fingir un enfado... Sí, eso es, ya lo tengo. En pleno escarceo amoroso, tú lo das bruscamente por concluido e intentas levantarte. Shepard, lógicamente, trata de retenerte. Le replicas que quieres marchar, que lo has pensado mejor. Shepard pugnará por retenerte a su lado. Tú abres el bolso y empuñas el revólver. Le amenazas con volarte la tapa de los sesos si vuelve a tocarte. Shepard no te tomará en serio...

—Y aprieto el gatillo.

—Exacto. Te dejas caer sobre el lecho. De bruces. Con la cabeza ladeada y ofreciendo la herida a los ojos de Shepard. De bruces te resultará más sencillo disimular la respiración; aunque eso no debe inquietarte mucho. Recuerda que yo apareceré a los pocos minutos. Mañana concretaremos. Puede que se me ocurra algo mejor para el suicidio.

Sally sonrió.

—Dependerá también de cómo se desarrolle *la* velada con Shepard. Puede incluso que decida *sobre el terreno*. Soy mujer de recursos.

CAPÍTULO III

Dam Shepard pisó a fondo el pedal del gas.

El deportivo y aerodinámico «Corvette» rugió sobre el asfalto recorriendo Wolfe Street como una exhalación.

El tráfico, en aquella avanzada hora de la noche, lo permitía.

Sally hizo un mohín.

Posó sus ojos en Shepard.

Un individuo joven, veintiocho años de edad. Rostro atractivo, aunque algo aniñado. Un mechón de rebelde cabello negro le caía despreocupadamente sobre la frente. Lucía chaqueta *sport* en lino, camisa de seda natural y pantalón a juego.

—Dam...

—¿Sí?

—No te molestes en impresionarme con la velocidad del *auto*. No es necesario.

Shepard rió *divertido*.

—No era esa mi intención. Me gusta la velocidad... y además estoy deseando llegar a casa. Me consta que eres una chica difícil de impresionar.

Sally abrió cuidadosamente el bolso de mano para extraer una cajetilla de «Kool».

Encendió el mentolado.

—¿Te consta...? ¿Por qué? Me conoces muy poco. Apenas unos días y...

—Suficiente. Sé catalogar a la gente. Desde el primer día, en la reunión de Douglas, me percaté de que eres una mujer de clase. Resultó una sorpresa descubrir que trabajas en el Royal Flush. Pero eso no me desanimó. Todo lo contrario.

—Tampoco mis desplantes.

Shepard volvió a reír.

—También me sorprendieron.

—¿Por qué ese interés hacia mí, Dam? Apuesto que en tu círculo social cuentas con muchas admiradoras.

—Tú no conoces mi... círculo social. Hasta hace muy poco tiempo he permanecido como en una jaula. Controlado.

—¿Por quién?

Shepard demoró unos momentos la respuesta.

—Por mi madre. Sí, Sally. Puedes reírte. Mi padre falleció cuando yo contaba seis años de edad. Mi madre, temerosa de que la falta de autoridad paterna quebrara mi educación, se mostró extremadamente severa. En todo. Primero en los estudios. Yo tenía que ser *el* número uno. Debía superar la aureola dejada por mi padre. No recuerdo ningún momento grato en mi infancia o adolescencia. Estudios, estudios, estudios... Mientras mis compañeros salían con chicas y se divertían, yo quedaba estudiando en mi habitación. Por *supuesto* que conseguí licenciarme con brillantez. *El* número tres de mi promoción.

—Felicidades.

Dam Shepard sonrió compartiendo la ironía de la *muchacha*.

—Para mamá fue un disgusto. Esperaba que fuera el número uno. Los estudios continuaron. Tenía que especializarme. Y a los veinticuatro años seguía encerrado en mi habitación. Si surgía algún compromiso con los amigos *o* con *una* chica, mi madre sufría una repentina enfermedad que la obligaba a guardar cama y a solicitar *mi* presencia *en* casa.

—¿Te ha dejado salir hoy?

—Mi madre falleció hace cuatro meses.

Sally exhaló una bocanada de humo.

Fijó su mirada en Shepard.

—¿Debo darte el pésame?

—Sí, Sally. Aunque *para* mi significa una liberación, sentí mucho su muerte. *Quería a mi* madre. Pese a su severidad. Pese a dominarme por *completo*. Ella hacía y deshacía. Fue ella la que decidió mi *especialidad* en criminología. Y fue ella la que me introdujo en el *gabinete* del fiscal Tamblyn y proyectó mi compromiso matrimonial con su hija.

—Felicidades otra vez.

—¿Sabes una cosa? Terminaré casándome con Judith Tamblyn. Creo que mi madre sigue dominándome desde la tumba.

—Lo dudo. De ser así, no llevarías una chica a tu casa.

—Mi madre ya no me necesita, Sally. Le he dedicado los veintiocho años de mi vida. Los mejores. Ahora es mi turno. Estoy descubriendo muchas cosas nuevas. Un mundo desconocido para mí. Viajar, tratar con gente, despilfarrar unos dólares sin dar explicaciones, amar...

—¿Qué dice a esto tu prometida?

—Lo ignora. El señor Tamblyn puede que esté al corriente, pero comprende mi deseo de vivir tras la prolongada reclusión. No hago mal a nadie. Cumpló mi trabajo como el primero; pero ahora con la compensación de alegrar mi tiempo libre. Disfrutarlo al máximo. Cada día. Cada minuto. Cada segundo...

—Llevas así cuatro meses, ¿no? Pronto añorarás tu jaula.

Shepard, sin desatender la conducción del vehículo, dirigió una rápida mirada a la muchacha.

—¿Por qué dices eso?

—Lo sé. Te cansarás de hablar con la gente... o se cansarán de escucharte. Cada uno se preocupa de sus asuntos. ¿Viajar? ¿Adónde, Dam? ¿Qué queda digno de admirar? Ciudades contaminadas por doquier. Dentro y fuera de los Estados Unidos. En cuanto al amor...

—Un momento, un momento... Maldita sea, Sally. Estás amargando la velada antes de su comienzo. ¿Por qué eres así? Todos estos días te has mostrado esquiva, distante, recelosa... Hoy, con gran sorpresa para mí, aceptas mi invitación. No estropees la noche, por favor.

Sally sonrió.

—Tienes razón. Perdona, Dam. Soy una pesimista.

—Ya estamos llegando —anunció Shepard, enfilando por Keel Boulevard—. Tengo una botella de champán que borrará todo tu pesimismo.

Keel Boulevard, en la zona residencial de Barrio Morse, era una ancha avenida con *bungalows* a derecha e izquierda. La mayoría de una sola planta.

Los faros del «Corvette» iluminaron la entrada al *bungalow* señalizado con el número 2020.

Dam Shepard frenó ante el garaje contiguo a la vivienda.

Descendieron del vehículo.

—¿Qué es aquello? —interrogó Sally.

—Un pequeño invernadero. También tenía piscina, pero mi madre la mandó cubrir con cemento.

—¿Por qué?

Shepard subió los escalones del porche.

Introdujo la llave en la cerradura mientras esbozaba una sonrisa.

—Pasaba demasiado tiempo en la piscina y eso perjudicaba mis estudios.

—¿Ésta fue vuestra casa?

—En los últimos diez años. Anteriormente habitábamos un caserón en Logan Hill.

Penetraron en el *bungalow*.

Dam Shepard iluminó el *living* y el contiguo salón.

El mobiliario era extremadamente riguroso. Severo. Predominando los tonos oscuros. Con profusión de objetos de porcelana y candelabros.

—¡Diablos!

La exclamación de la muchacha hizo reír a Shepard.

—Debo cambiar la decoración, ¿verdad? Aún no me he decidido. Probablemente me decida por trasladarme a otra casa. Esta resulta demasiado...

—Fúnebre.

—Sí. Puede que ésa sea la palabra adecuada. Fúnebre. Sólo he hecho algunos cambios en mi dormitorio. ¿Quieres verlo?

Se miraron a los ojos.

En los carnosos labios de Sally floreció una sensual sonrisa.

Demasiado tentadora para Shepard.

Abarcó la cintura de Sally atrayéndola contra sí. Buscó ávidamente aquellos gordezuelos labios para cerrarlos con apasionado beso.

—Ven, Sally, ven...

Shepard condujo a la joven hacia una de las habitaciones.

Una amplia estancia.

La cama dotada de dos mesas de noche. Armario y artístico buró. En un mueble por elementos se amontonaban infinidad de libros. Sobre uno de los módulos un televisor y un tocadiscos.

—El televisor lo he comprado recientemente —comentó Shepard, despojándose de la chaqueta que depositó sobre una de las sillas—. Por la mente de mi madre jamás pasó el adquirir un

televisor. Únicamente permitía el tocadiscos. Música clásica, por supuesto.

—¿Por qué no dejas ya de hablar de tu madre?

—Disculpa... Lo hago instintivamente... Voy a la cocina a por el champán. ¿De acuerdo?

Dam Shepard abandonó la habitación.

Sally consultó su reloj.

Faltaban tan sólo veinticinco minutos.

A las once p. m. se presentada Ralph Crichton en el *bungalow*.

Y para entonces ya tenía que estar «muerta».

Sally abrió el álbum de discos.

Muy nuevo.

Sin duda también adquirido recientemente por Shepard.

Seleccionó un *long-play* de música *rock*.

—Coincidimos, Sally —dijo Shepard, retomando con una botella de champán y dos copas—. Es uno de mis preferidos.

La muchacha se sentó al borde del lecho.

Depositó el bolso de mano sobre la mesa de noche.

—Toma las copas, Sally... Voy a descorcharla...

Al seco taponazo siguió el burbujear del líquido que Dam Shepard sirvió sobre las copas.

—Por nosotros, Sally.

—Por nosotros...

Bebieron mirándose a los ojos.

Dam Shepard dejó la botella en el suelo.

Arrebató la copa de Sally que, junto con la suya, colocó al lado de la botella.

Se sentó junto a Sally.

La tomó por los hombros.

Los labios de Sally esperaban entreabiertos, húmedos aún por el champán.

La besó con pasión reclinándola lentamente sobre el lecho.

Deslizó su diestra desabotonando la blusa femenina. Introdujo la mano para entrar en contacto con los erectos senos protegidos con fino sujetador.

Sus labios seguían sobre los de Sally.

Mordisqueándolos.

La diestra de Shepard, en principio acariciadora, aprisionó los

senos de la muchacha estrujándolos una y otra vez. Los descubrió tirando hacia abajo del sujetador.

Deslizó los labios por el frágil cuello de Sally. Un recorrido de ardientes besos que culminó sobre los rosados pezones.

Sally empezó a jadear.

Y esos ahogados gemidos ofuscaron aún más a Shepard.

Su pasión se hubiera quebrado de poder contemplar en aquel momento el rostro de Sally.

La mueca reflejada no era de placer, sino de repulsión. Una marcada repugnancia que también se leía en sus ojos.

Dam Shepard se había arrodillado a los pies de la joven.

Con ávidas manos subió la falda de Sally descubriendo sus mórbidos muslos enfundados en finos pantis.

Al intentar separar las rodillas femeninas encontró resistencia.

—No, Dam... Espera...

—¿Esperar?

Sally se incorporó.

Sonriente.

Lentamente, con cierta dificultad, acopló los senos bajo el sujetador.

—Quiero perfumarme un poco en el baño. ¿Por qué no sirves otra copa de champán?

Dam Shepard correspondió a la sonrisa moviendo afirmativamente la cabeza.

—Perdona mi... impaciencia.

—¿Esta puerta?

—Ajá.

Sally recogió su bolso y empujó la puerta que conducía al contiguo cuarto de baño. Allí descubrió otra puerta. Sin duda el aseo era común con otra habitación lindante.

Se descalzó.

Procedió a quitarse la blusa y la falda.

También los pantis.

Todo se fue amontonando sobre la alfombra del baño.

Incluso el sujetador y el minúsculo *slip*.

Sally consultó el reloj de pulsera.

Encendió un cigarrillo.

Con un cierto temblor en sus manos.

Faltaban tan sólo seis minutos.

Arrojó el cigarrillo.

Sally se envolvió en una de las toallas retornando a la habitación.

Dam Shepard la esperaba cubierto por un albornoz.

También sus prendas de vestir diseminadas por el suelo.

—El segundo brindis, Sally.

La joven vació la copa.

Hizo caer la toalla para seguidamente tumbarse sobre el lecho.

Dam Shepard la contempló con ojos vidriosos. Recreando la mirada en aquel escultural cuerpo.

—Olvidé retocar los labios —dijo Sally, abriendo el bolso—. Eh, Dam... Mira lo que tengo aquí.

Shepard parpadeó.

La mano de Sally empuñaba un revólver.

—¿Es de verdad?

—Seguro —rió la muchacha, sopesando el arma en la palma de su mano—. Me gusta ir protegida.

—Guárdalo, Sally. No es prudente jugar con armas de fuego.

—Está descargado —Sally acercó el cañón a su sien—. ¿Lo ves?

Apretó el gatillo.

Fue una detonación seca.

Como el descorchar de una botella de champán.

Aunque sin burbujas.

La cabeza de Sally sufrió una violenta sacudida al recibir el impacto.

Cayó hacia atrás golpeándose contra el cabezal del lecho.

Los ojos muy abiertos. Desmesuradamente abiertos. El boquete de su sien era enorme. El fogonazo había quemado algunos cabellos.

La sangre resbalaba abundante por la mejilla. También brotaba de la nariz y boca.

Dam Shepard la contemplaba con incrédulos y horrorizados ojos.

Sally Hingle, camino del Más Allá, también se encontraría muy asombrada.

CAPÍTULO IV

Dam Shepard actuó como un autómata.

Sin pensar.

Arrebató el revólver de la cerrada mano de Sally.

Un «Chárter» calibre cuarenta y cuatro especial.

Comprobó la munición.

Cuatro balas que, unidas a la alojada en la cabeza de Sally, completaban el cargador.

Shepard, con el tambor todavía abatido, soltó bruscamente el arma dando un instintivo salto hacia atrás.

El revólver cayó sobre el lecho.

El corto cañón quedó apoyado en el muslo izquierdo de Sally.

Dam Shepard contempló sus manos.

Horrorizado.

Desvió la mirada hacia el revólver, y luego al cadáver.

Un bonito cadáver.

Los largos y esbeltos muslos, los ensortijados rizos de su sexo, la suave curva del vientre, los rosados pezones coronando las duras colinas de los senos, el frágil cuello...

Y su linda cabecita destrozada por una bala del cuarenta y cuatro.

Dam Shepard se precipitó sobre el revólver.

Lo envolvió con la sábana procediendo a limpiarlo vigorosamente. Murmurando ininteligibles palabras de autocensura.

De nuevo retrocedió.

Con el rostro perlado de sudor frío.

¿Qué estaba haciendo?

¿Por qué borraba las huellas del arma?

Sus huellas y las de Sally.

¿De qué tenía miedo? Él no era culpable. No podían acusarle de la muerte de aquella muchacha.

Él conocía la ley.

Sí.

Nada tenía que temer.

Dam Shepard sacudió la cabeza.

Se había dejado llevar por el pánico y reaccionado como un estúpido.

Bordeó el lecho para acudir junto a la otra mesa de noche. Allí reposaba el teléfono.

¡Tomó el auricular!

Dudó.

¿A quién telefonar?

El fiscal Tamblyn, a su amigo Murphy del

F. B. I.,

a Homicidios...

Fijó por enésima vez la mirada en el cadáver.

Sally. Desnuda sobre el lecho. Las ropas repartidas por la habitación. El revólver sin huellas...

Un accidente.

Eso fue.

Un trágico accidente.

Una aventura amorosa que culminó en tragedia.

Ella juega con el revólver. Lo cree descargado. Aprieta el gatillo y...

¿Poco verosímil?

¡Era la verdad!

¿Por qué iba a matarla?

Nada tenía contra ella. Apenas la conocía. Le gustaba.

Eso era todo. Había acudido tres o cuatro veces al Royal Flush. En demanda de...

Dam Shepard palideció aún más.

Su diestra se crispó aferrando el micro.

Sally había rechazado sus invitaciones. Una, dos, tres veces... Pudo haberlo comentado con sus compañeras del Royal Flush. Aquella insistencia en conseguirla podría despertar sospechas en...

Shepard respiró con fuerza.

De nuevo sacudió la cabeza como queriendo borrar de su mente todas aquellas hipótesis y temores que le atormentaban y hacían vacilar.

Su dedo índice recorrió el dial.

Llamaría a su buen amigo Richard Murphy, del Federal Bureau of Investigation. Él le aconsejaría lo que...

El súbito sonido del timbre hizo respingar a Shepard. El teléfono escapó de su mano golpeando sobre la mesa de noche, rompiendo el cristal del mueble y un vaso allí depositado.

El teléfono quedó colgando a poca distancia del suelo.

Shepard contempló como hipnotizado el oscilar del micro.

Algunos cristales habían salpicado el lecho.

Volvió a sonar el timbre.

Correspondía al llamador de entrada al apartamento.

Dam Shepard consultó nerviosamente el digital de su reloj de pulsera.

Ya era medianoche.

¿Quién podría ser el inoportuno visitante?

Con lento paso abandonó el dormitorio cerrando tras de sí.

Quedó inmóvil en el pasillo.

Con la esperanza de que cesaran las llamadas.

No ocurrió así.

Todo lo contrario.

El timbre, en principio sonando en repetidas intermitencias, fue ahora continuo.

Dam Shepard descartó la posibilidad de que fuera alguno de los vecinos alertado por el disparo. Los *bungalows* guardaban una considerable distancia uno de otro, y, además, las paredes de la casa estaban protegidas por láminas aislantes.

El incesante y estridente sonido quebró toda vacilación en Shepard.

Avanzó hacia el *living* abriendo con brusquedad la puerta.

Contempló con manifiesta irritación a su desconocido visitante.

—¿Qué quiere?

Ralph Crichton sonrió.

Era mucho lo que quería de Shepard.

* * *

Ralph Crichton detuvo el auto unas diez yardas antes de llegar al 2020 de Keel Boulevard. Desde allí era visible la iluminación del *bungalow*.

Crichton consultó el reloj.

Faltaban cinco minutos.

Crichton mordisqueó el cigarro para seguidamente aplicar la llama del encendedor.

Se reclinó en el asiento.

Exhaló una bocanada.

Por entre aquella columna de azulado humo le pareció ver a Sally. La imaginó contando nerviosamente los minutos.

Cuatro minutos.

De seguro ya estaría totalmente desnuda. Sobre el lecho. Soportando las caricias de Shepard con estoica paciencia y dominando su repulsión. Pensando en los ocho mil dólares prometidos.

Tres minutos.

Sally provocaría una disculpa para zafarse de Shepard. No sería difícil. Era chica de recursos.

Dos minutos.

Sally abre su bolso de mano. Entre la cajetilla de «Thins», las llaves, el lápiz de labios y demás objetos personales, destaca el «Chárter» especial.

Un minuto.

Sally empuña el revólver. De seguro controla a Shepard. Le cuenta cualquier historia. Invento algo. Faltan pocos segundos para la hora convenida. Shepard no debe arrebatarle el arma. Ya ha llegado el momento. Sally aproxima el cañón a la sien y...

Ralph Crichton cerró instintivamente los ojos.

Sonrió al abrirlos.

Pobre Sally.

Pobre infeliz...

En verdad lamentaba su muerte, pero no podía ser de otra forma. La bala trucada estaba bien para las películas. Nunca engañaría a un hombre como Dam Shepard. Imposible aparentar una muerte real. Y menos Sally. No era buena actriz. Shepard, con sólo aproximarse un poco, hubiera descubierto el truco.

No.

No era posible fingir.

Era necesaria la muerte de Sally.

Ralph Crichton succionó largamente el cigarro.

Chasqueó la lengua.

Pobre Sally...

Joven, bella... aunque no muy inteligente. Jamás debió confiar en un individuo como Crichton. Máxime con aquella oferta de ocho mil dólares. No era propia de Ralph Crichton. Tipos como él regateaban unos centavos para la tumba de su madre.

Crichton descendió del auto.

Había dejado pasar varios minutos para no hacer muy sospechosa su aparición ante Shepard, apenas originada la tragedia. Le dio tiempo a percatarse bien de lo ocurrido. Se adentró en el jardín.

Al subir los escalones del porche apartó el cigarro de la boca.

Presionó el timbre de llamada.

Una y otra vez.

La demora en *responder* era lógica.

Shepard estaría muy aturdido contemplando el cadáver. Aquello hizo sonreír a Crichton.

Sí.

Sally había pecado de ingenua.

Ralph Crichton iba a pecar de listo.

CAPÍTULO V

—¿Qué quiere?

Ralph Crichton apartó el cigarro de la boca.

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—No se haga el tonto, amigo. Quiero hablar con Sally. Sé que está aquí.

—Ya... ya se marchó.

Crichton sonrió imperceptiblemente.

Compadecía a Shepard. Iba de sorpresa en sorpresa. De sobresalto en sobresalto. Se aprovechó de aquel aturdimiento. Empujó a Shepard penetrando en la casa.

Dam Shepard le retuvo junto a la entrada del salón.

—¡Oiga...! ¿Quién es usted? No le he dado autorización para entrar en mi casa. ¡Salga de inmediato o avisaré a la policía!

—¿De veras? Adelante, amigo. Me gustaría ver eso. No le conozco, pero tampoco me asusta. Estoy aquí por Sally. En el Royal Flush me informó una de las chicas que Sally salió con un fulano. En un «Corvette». Y hace un par de días escuché cómo la invitaba a su *bungalow* de Keel Boulevard. Llevo cerca de una hora deambulando por la zona hasta localizar el «Corvette». Tenía parte de la matrícula.

—No comprendo...

—No tengo nada contra ti, amigo. Es Sally. Hoy ha realizado una sucia jugada en el Royal Flush. Han desaparecido cinco fichas de cien dólares. Y Sally es la sospechosa. Abandonó antes de tiempo el trabajo y...

—Yo la invité.

—Eso me importa muy poco. Sally tiene un horario que cumplir. Pero ahora comprendo sus prisas. ¡Se llevó quinientos dólares en fichas!

—Sally ya no está aquí. Tomamos unas copas y se marchó.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

Dam Shepard tragó saliva.

—Pues... unos veinte o treinta minutos.

—He telefonado a su apartamento. Tampoco está allí. ¡Y quiero mi dinero!

—¿Es usted el encargado del Royal Flush?

—¡Soy Ralph Crichton, maldita sea! ¡El propietario! ¡Y no estoy en condiciones de perder dinero!

—Puede tratarse de un error. Tal vez aparezcan esas fichas. Sally no...

—Te he dicho que sospecho de Sally, no que sea la culpable —interrumpió Crichton, rudamente—. ¿Por qué crees que estoy aquí? Quiero hablar con Sally antes de decidirme por acudir a la policía.

—¿Por qué no espera a mañana?

—¿Esperar? ¿A qué? ¿A que desaparezca de la ciudad? ¡No, maldita sea! Ahora mismo aviso a la policía —Ralph Crichton se precipitó hacia el teléfono del salón—. Les daré tu domicilio. De seguro te harán unas insignificantes preguntas y...

—¡No haga eso!

Crichton parpadeó con el auricular en la diestra.

—Ahora comprendo... Sally sigue aquí, ¿verdad? Debí imaginarlo por su vestimenta.

Dam Shepard reparó por primera vez que estaba descalzo y en albornoz.

Denegó con un movimiento de cabeza.

—Ella no está aquí, pero no quiero tratos con la policía. Me comprometería que se descubriera que...

—¿Eres casado?

—No.

—Entonces tranquilo, muchacho. Acostarse con una chica no es nada malo. La policía es muy discreta.

—Le daré los quinientos dólares.

Ralph Crichton quedó con la boca entreabierta, fingiendo un asombro que estaba muy lejos de sentir.

—¿Quieres repetir eso?

—Ha oído perfectamente. Yo le daré los quinientos dólares.

—¿Por qué?

—Eso no le importa. Sólo le interesa el dinero, ¿no es cierto? Le entregaré los quinientos y se olvida de Sally y de mí, ¿de acuerdo?

Crichton se encogió de hombros.

—Okay. Tú lo has dicho. Sólo me interesa el dinero.

—Espere aquí.

—En efectivo, ¿eh, amigo? Nada de cheques. Desconfío de todo el mundo.

—¿Ignora quién soy?

—No aceptaría un cheque ni del mismísimo Rockefeller.

Dam Shepard, que paulatinamente iba coordinando ideas, esbozó una sonrisa.

—Hace mal en mostrarse tan arrogante, Crichton. Puedo ocasionarle más de un disgusto.

—¿Me estás amenazando, muchacho?

—Correcto.

—Creo que voy a avisar a la policía.

—Hágalo. Puede que sea la mejor solución. Me ahorro los quinientos dólares. No es mi deseo ver a Sally en problemas, pero pensándolo bien, tampoco es asunto mío.

—¿Seguro?

—Dudo que mi aventura con ella sea de importancia. No gustará en mi círculo de amistades, pero soportaré las críticas.

—Entonces... ¿ibas a entregar los quinientos dólares sólo para proteger a Sally?

—Eso es.

—Quedan pocos caballeros como tú, muchacho. Acepto el trato. Dame el dinero y me olvidaré de Sally. Si la localizas, dile que no vuelva a pisar el Royal Flush. Está despedida.

Shepard asintió con repetido movimiento de cabeza.

—Espere aquí. Puede servirse una copa... Ahí tiene dónde elegir.

—Gracias, muchacho. Eres muy amable.

Dam Shepard abandonó el salón.

A grandes zancadas.

Al abrir la puerta de la habitación y contemplar el cadáver, el sudor volvió a perlar la frente de Shepard.

Se precipitó hacia el buró.

De un doble fondo extrajo una pequeña caja de caudales.

Cuando ya había contabilizado los quinientos dólares, se abrió

bruscamente la puerta del dormitorio.

—¡Lo sabía...! ¡Sabía que Sally estaba...!

Ralph Crichton se comportó como un consumado actor.

Su mueca de horror y sorpresa pareció real.

Incluso se quebró su voz al añadir:

—¡Dios... está... está muerta...!

Shepard volvió a hundirse.

De nuevo incapaz de reaccionar.

—Fue... fue un accidente...

—¿Un accidente? ¡Maldito asesino! ¿Por qué lo ha hecho?

—¡Fue ella! ¡Tenía un revólver...! Creyó que estaba descargado y apretó el gatillo apuntando a la cabeza. Oiga... Soy Dam Shepard. Uno de los ayudantes del fiscal Lewis Tamblyn. ¡No puede dudar de mi palabra!

—¿De veras? ¿Por qué no ha dado aviso a la policía?

—Me disponía a hacerlo cuando llamó usted...

—¿Ayudante del fiscal Tamblyn?

—Sí. Soy abogado. Puedo demostrárselo.

—No, muchacho. No te molestes. No es a mí a quien tienes que convencer, sino a ellos, a la policía, a tu jefe el fiscal. Te va a resultar muy difícil.

Shepard empezó a temblar.

Bañado en frío sudor.

—¿Por qué dice eso? ¿Piensa declarar que le mentí al afirmar que Sally no se encontraba aquí? Fue instintivo. Yo no...

—Tranquilo, muchacho. No soy amigo de confidencias a la policía. Es más, si prefieres silenciar mi visita, hazlo. Yo nada diré. Bastantes problemas tienes ya para demostrar esa ridícula historia.

—¡Es la verdad! ¡Ella se mató!

—Si apretó el gatillo apuntando a la cabeza... ¿cómo está el revólver caído a sus pies? Es muy difícil, estando acostado, pegarse un tiro en la cabeza y luego arrojar el arma a los pies. Deduzco que ocurrió estando Sally acostada, ¿no?

—Yo... yo tomé el revólver.

El estupor de Crichton fue ahora real.

Sorprendido de la estupidez de Shepard.

El plan se desarrollaba mejor de lo previsto.

—Tus huellas...

—Las he borrado. Fue algo...

—¿Instintivo? —interrumpió Crichton, para seguidamente reír a carcajadas—. Por favor, Dam. ¿A quién crees poder engañar con semejante fábula? Todo eso sería lógico en un patán, pero nunca en un ayudante del fiscal Tamblyn. Un abogado especializado en la lucha contra el crimen. Si en verdad fue un trágico accidente... ¿por qué te has molestado en borrar las huellas? Las tuyas y las de Sally. Tú eres el primero en saber que...

—¡Sí...! ¡Sí...! ¡Lo sé...! Estaba aturdido... No sabía...

—¿Qué me dices de ese cristal roto y el vaso?

—Se cayó el teléfono... Aún está descolgado... Fue cuando me disponía a dar aviso a la policía.

—¿Tú o Sally?

Shepard agrandó los ojos.

Pálido.

Sudoroso.

—¿Qué... qué traía de insinuar?

—Lo mismo que la policía, después de que interrogue a las compañera de Sally. Ellas dirán que Sally era enemiga de salir con hombres. Jamás aceptaba invitaciones. *Tú* lo conseguiste, pero al llegar aquí, Sally quiso dar marcha atrás. *Tú*, ofuscado por el deseo, intentaste imponer tu fuerza. Sally se resistió... Quiso solicitar ayuda por teléfono y...

—¡No...! ¡No...! ¡Eso no es cierto...! ¡No es verdad...!

Dam Shepard se derrumbó como un muñeco de trapo. Sentado junto al buró, ocultó el rostro entre sus manos.

Crichton se aproximó.

Sonriente.

Ya le tenía a su merced.

En la pequeña caja fuerte se amontonaban billetes junio con algunos papeles. Una cantidad no superior a los dos mil dólares.

Muy poco para la ambición de Crichton.

—¿Cuál es la cantidad máxima que puedes fijar en un cheque, *Dam*?

Shepard descubrió su crispado rostro.

Fijó sus ojos en Crichton.

—No comprendo.

—Ignoro si has matado a Sally o no, pero lo tienes muy difícil.

Yo puedo solucionarte el problema, muchacho. Me llevo a Sally, le pongo unos zapatos de plomo y la arrojo al Lake Michigan.

—¿Usted... haría eso?

—Depende de la cantidad, muchacho.

Un destello iluminó los ojos de Shepard.

—Quince mil dólares. Eso es lo máximo que puedo darle.

Crichton sonrió.

Quince mil dólares.

No estaba mal para empezar.

Poco a poco le sacaría hasta el último centavo.

—Correcto, muchacho. Voy a traer mi auto hasta el porche. Tú envuelve el cadáver en una sábana junto con sus ropas, bolso y demás. Primero, por supuesto, empieza a cubrir el cheque. Al portador. Nada de nombres. ¡Regreso en unos minutos!

Dam Shepard quedó solo en el dormitorio.

Lentamente extendió el talón por quince mil dólares.

Al abrir el cajón del buró para guardar la pequeña caja de caudales, tropezó con el portarretratos. En la fotografía, el rostro de una mujer de avanzada edad. De enérgicas facciones. Duras. Acentuadas por el rictus de los finos labios. Sus ojos también eran fríos.

Unos ojos que parecían contemplar severamente a Shepard.

—Madre... Madre...

Dam Shepard acarició con la yema de los dedos el cristal de la fotografía.

Si ella estuviera allí para aconsejarle. Para guiarle. Para decirle lo que debía hacer...

Shepard aferró el marco entre sus manos.

Lo zarandeó.

—¿Qué hago? ¡Dímelo tú, madre...! ¡Tú siempre me has guiado...! ¡Siempre has dirigido mis pasos...! ¿Qué hago...? ¡Háblame, madre...! ¡Háblame...!

* * *

Ralph Crichton sonrió animosamente.

—Deja ya de mirarla, muchacho. Sally Va muy cómoda ahí detrás. Y deja también de preocuparte. Tus problemas han terminado.

Dam Shepard desvió la mirada del macabro fardo que yacía

sobre el asiento trasero.

—¿Falta mucho?

—La mejor zona es Long Road. El Chicago River. Preferible al Lake Michigan. Ya estamos llegando. No era necesario que me acompañaras, pero comprendo que te sentirás más tranquilo viendo hundirse el cadáver de Sally en las pestilentes aguas del Chicago River.

El auto conducido por Ralph Crichton, un viejo modelo «Mercury», apagó los faros al adentrarse en Long Road.

La iluminación de la zona era reducida.

La oscuridad y el silencio de la noche se convertían en aliados. Crichton frenó con suavidad.

—Aquí el agua es sucia, pestilente y fangosa —rió Crichton—, no obstante, ataré unas barras de hierro al cadáver. Las guardo en el portamaletas. Si algún día se encuentra a Sally, serán sus despojos. Nada quedará que pueda identificarla... ¿El revólver? ¿Lo has envuelto en las ropas y el bolso?

—No. Lo tengo yo.

Ralph Crichton suspiró aliviado.

—Mejor. Dámelo.

Dam Shepard introdujo *la* diestra en el bolsillo interior de la chaqueta.

Extrajo el «Chárter».

—Ralph...

—¿Sí?

—He estado hablando con mi madre.

—¿Tu madre? No...

Crichton enmudeció.

Dam Shepard le estaba apuntando con el revólver.

—Me ha aconsejado, Ralph. Me ha dicho que no puedo vivir siempre bajo la amenaza de un chantajista. Que esos quince mil dólares son sólo un pequeño anticipo. Que jamás tendré un solo minuto de paz mientras tú estés con vida.

Crichton forzó una sonrisa.

—Te equivocas, muchacho. Yo no soy ambicioso. Esos quince mil dólares son más que suficientes para mí. Incluso si quieres puedo devolverte el cheque.

—No, Ralph. Mi madre depositó en mí toda su confianza. Yo o

debo ser siempre el mejor. El número uno No puedo defraudarla. Nada debe turbar mi carrera. Nadie tiene que interponerse en mi camino...

—Yo no hablaré, muchacho... No diré nada...

—Por supuesto que no, Ralph. Los muertos no hablan.

Dam Shepard apretó el gatillo.

Crichton recibió el impacto en la frente.

Entre ceja y ceja.

Una bala del cuarenta y cuatro.

Sin trucar.

Sally, desde el Más Allá, esperaba a Ralph Crichton riendo a carcajadas.

CAPÍTULO VI

Lewis Tamblyn abarcó con la mirada a los siete hombres reunidos en torno a la longitudinal mesa. Sobre la tabla, infinidad de carpetas, papeles, mapas y gráficos.

—Debo felicitarles. Hemos confeccionado el más amplio *dossier* sobre las delictivas actividades de la organización Simonetti. El clan de Frank Jaeckel seguirá pronto el mismo camino. Esta vez no se burlarán ante el jurado ni pagarán vulgares peones. Vittorio Simonetti y sus principales hombres serán sentenciados a las máximas penas, todo ello gracias a la eficaz, callada y meritoria labor de ustedes. No se han desanimado ante los fracasos. Han soportado las burlas de Simonetti y sus hombres al ser absueltos una y otra vez. Ahora es nuestro turno, caballeros. Dentro de muy pocos días, cuando presente el *dossier* y sea aprobada la intervención del Federal Bureau of Investigation, empezará el ocaso para la organización Simonetti. Uno de los más repelentes pulpos que atenaza Chicago será exterminado.

Los siete hombres intercambiaron sonrisas.

Sí.

Habían trabajado duro.

Y sobre aquella larga mesa estaba el fruto del trabajo.

Todo un detallado estudio de la organización Simonetti. Fechas, nombres, declaraciones de testigos, laboratorios clandestinos de droga, sobornos, locales ilegales en funcionamiento, corrupción, crimen organizado... Todo ello con pruebas irrefutables.

El fiscal Tamblyn había fracasado una y otra vez.

Ahora tenía un magnífico póquer.

—Pueden retirarse, amigos. Ya es suficiente por hoy. Yo me encargaré de archivar sus respectivos *dossiers*.

Los siete hombres, todos ellos de edades comprendidas entre los veinticinco a treinta y cinco años, se incorporaron.

Paulatinamente fueron abandonando la sala.

Quedaron Lewis Tamblyn y Dam Shepard.

—¿Te ocurre algo, hijo?

Shepard esbozó una sonrisa.

—No, señor Tamblyn.

—Te he observado durante toda la mañana. Pareces preocupado por algo.

—Puede que algo cansado. Sólo eso, señor Tamblyn.

Lewis Tamblyn mesó sus grises cabellos. Su rostro, de vigoroso trazo acentuado por marcadas arrugas, se suavizó con una sonrisa.

—Reconozco que exijo demasiado en mis colaboradores. Pero acabar con el crimen organizado se ha convertido para mí en una obsesión. Llevo años en esta lucha. Tú lo sabes, Dam. En la última década del reinado de Hoover, estuvimos próximos a aplastar a Vittorio Simonetti. Al igual que ahora teníamos todos los triunfos en la mano. Menospreciamos a Simonetti. Sus sobornos llegaban muy alto. Los que no cedieron por ambición, lo hicieron bajo el terror. El juicio fue una farsa y Simonetti salió libre. Ahora es distinto. Las pruebas reunidas son contundentes. Ha sido una dura labor, pero tendrá su recompensa.

—No es fácil derribar un imperio de millones de dólares.

—Cierto, Dam. ¿Cenarás con nosotros?

—Pues...

—No te consideres obligado. Es verdad que mi hija te echa de menos últimamente, pero puedo ofrecerle la razonada y lógica disculpa de tu cansancio. ¿De acuerdo?

—Se lo agradezco, señor. Mañana telefonearé a Judith para sugerirle almorzar juntos.

—Me parece muy bien, Dam. ¿Terminas tú de archivar?

—Por supuesto.

—Gracias, hijo. Hasta mañana.

Lewis Tamblyn abandonó el amplio salón.

En la antesala que conducía a su despacho privado se encontró con un individuo joven y atlético.

—Hola, Murphy. ¿Quiere algo de mí?

Richard Murphy sonrió cordial.

—Buenas tardes, señor Tamblyn. Vengo en busca de Shepard.

—Le encontrará en el salón principal. Puede pasar. Ya hemos

terminado el trabajo.

—¿Felizmente?

Lewis Tamblyn entornó los ojos.

Fijando su mirada en Richard Murphy.

Le consideraba un buen agente del

F. B. I.,

pero no aprobaba sus métodos. No eran los clásicos. Muy lejos del G-man

ensalzado por John Edgar Hoover.

Richard Murphy frisaba en los treinta años de edad. Rostro de correctas facciones, bronceadas como un *play-boy* de Miami Beach. Su vestimenta tampoco era la apropiada para un agente del Federal Bureau of Investigation. Chaqueta de cuero color *whisky*, camisa polo y pantalón de sarga vaquera.

Lo que más molestaba a Lewis Tamblyn era la indisciplina ampliamente demostrada por el agente Murphy. Sus violentos métodos y la constante burla a determinados preceptos que deben regir en todo buen defensor de la ley.

—Voy a proporcionar al

F. B. I.

mucho trabajo, Murphy. Espero que no lo echen a perder.

—¿Nosotros?

—¿Le sorprende? —La voz de Tamblyn, marcadamente fría—. ¿Ya ha olvidado el caso Sperati? Fue absuelto porque el agente Murphy utilizó métodos contrarios a la cuarta Enmienda a la Constitución, penetrando en hogar ajeno sin el correspondiente mandamiento de registro. Por si no fuera suficiente, hizo que Sperati confesara tras machacarle la cabeza.

—El hígado. No me gusta dejar huellas.

—Hombres como usted desprestigian al

F. B. I.

—Es posible, pero al menos resultamos eficaces. El crimen organizado, los Sindicatos, la Mafia... no se combaten con papeles y acumulando pruebas que luego de nada sirven ante jurados sobornados, testigos falsos y funcionarios corrompidos.

Tamblyn enrojeció.

—Le demostraré lo contrario, Murphy. Pronto lo comprobaré. ¡Buenas tardes!

El fiscal se alejó hacia su despacho.

Richard Murphy movió la cabeza de un lado a otro dibujando en su rostro una significativa mueca.

Se abrió la puerta de la sala para dar paso a Dam Shepard.

—Hola, Richard... ¿Qué haces por aquí?

—Quiero hablar contigo, Dam. ¿Ya has terminado?

—Seguro. ¿Te parece poco ocho horas ininterrumpidas de trabajo? Hemos limitado el almuerzo a un par de sándwiches y una lata de cerveza.

—No sé cómo lo resistes. Máxime después de tu aventura de ayer.

Shepard parpadeó.

Combatió la súbita palidez de su rostro con una forzada sonrisa.

—¿A qué te refieres?

—Salgamos de aquí, Dam.

Los dos hombres abandonaron el edificio.

El gabinete del fiscal Tamblyn estaba enclavado en Hurt Street. Cerca del Seward Park. En pleno centro de Chicago.

Richard Murphy abrió la portezuela de un «Pontiac».

—Tengo mi auto en el *parking* del edificio, Richard.

—Okay —el agente del

F. B. I.

cerró nuevamente la portezuela—. Entonces hablaremos... Allí mismo.

Penetraron en un *snack* cercano.

Una vez servidos los respectivos pedidos, Dam Shepard reanudó la conversación con forzada sonrisa.

—Pareces muy misterioso, Richard. ¿Ocurre algo malo?

—Supongo que no, aunque puede que te ocasione algunas molestias. ¿Has leído los vespertinos de hoy?

—No.

Murphy extrajo la cajetilla de tabaco.

Encendió el cigarrillo denegado por Shepard.

—El suceso no llegó a tiempo de ser recogido por los matutinos, pero figura en los periódicos de la tarde. Un doble asesinato. Las víctimas son Sally Hingle y Ralph Crichton —Murphy esperó algún comentario de su amigo. Al no recibirlo, añadió—: Cada uno de ellos con una bala en la cabeza. Aparecieron en el asiento delantero

de un viejo «Mercury». El auto fue arrojado al Chicago River, en su zona de Long Road. Esta madrugada se extrajo el vehículo con su macabra carga.

—¿Qué relación tiene eso conmigo?

—¿No te dice nada el nombre de Sally Hingle?

—No... ¡Un momento! Conozco a una tal Sally, pero ignoro su apellido. Precisamente ayer noche estuve con ella.

—Es la muerta, Dam. Sally Hingle.

—Cielos...

—En el Federal Bureau of Investigation se recibió hoy una llamada del teniente Nicholson, del Departamento de Homicidios. Investiga el doble asesinato. Ralph Crichton era el propietario de una sala de juego denominada Royal Flush. Sally Hingle una de las empleadas del local. En las investigaciones del teniente, y por declaración de testigos, Sally Hingle abandonó el Royal Flush en compañía de un individuo que conducía un «Corvette». Una amiga de Sally mencionó el nombre del individuo y la matrícula del auto. El teniente Nicholson solicitó consejo al SAC del Federal Bureau of Investigations para proseguir las investigaciones^[1].

—¿Y bien?

—El

F. B. I.

se ha hecho cargo del caso.

Shepard rió nerviosamente.

—No creí que fuera tan importante.

—Lo hemos hecho para mantenerte al margen. Con el caso bajo control del

F. B. I.

no habrá indiscreciones. No es prudente divulgar que uno de los colaboradores del fiscal Tamblyn es interrogado en relación con el asesinato de una furcia.

—No eres muy respetuoso con los muertos, Richard.

Murphy exhaló una bocanada de humo.

—Y tú te has comportado como un estúpido. Según las investigaciones del teniente, llevabas unos días frecuentando el Royal Flush tras las faldas de Sally.

—Me gustaba la chica, Richard. ¡Y no era una furcia!

—Okay, Dam. No vamos a discutir por eso. Háblame de tus

relaciones con ella y vuestra salida de ayer noche.

—Poco tengo que contar. Conocí a Sally hace unas semanas en un party. Me resultó simpática, atractiva... En definitiva, me interesé por ella y traté de localizarla. No me importó que trabajara en el Royal Flush. Aquello no es un burdel. Sally rechazó mis invitaciones y...

—¿Por qué? ¿Por qué las rechazó, Dam?

—No lo sé. En el Royal Flush me informaron que no era muy solícita aceptando invitaciones.

—Tal vez dependía de la cantidad, Dam. ¿Cuánto llegaste a ofrecer?

—Jamás mencioné dinero alguno.

—Muy caballeroso.

—Oye, Richard...

—Sigue, Dam. ¿Ayer salió contigo por primera vez?

—Sí.

—¿A qué hora fue la salida del Royal Flush?

—Poco después de las diez. Sé que llegamos al *bungalow* alrededor de las once.

—¿Al *bungalow*? —inquirió Murphy perplejo—. ¿La llevaste a tu *bungalow*?

—¿Qué tiene de sorprendente?

—Maldita sea, Dam. ¡Hay infinidad de hoteles en Chicago!

—No lo entiendes, Richard. En Sally no buscaba un vulgar y rutinario desahogo sexual. Vuelvo a decirte que la chica me gustaba. La llevé a mi *bungalow*. Pensaba pasar con ella toda la noche, pero surgió un contratiempo. Fue una hora más tarde de nuestra llegada. Un individuo se presentó en el *bungalow*. Sally dijo que era su jefe.

—Ralph Crichton.

—El individuo no se presentó. Estaba furioso. En el Royal Flush habían desaparecido fichas por valor de quinientos dólares y sospechaba de Sally. Tras una breve discusión decidieron regresar al club e investigar con el resto del personal. Yo me ofrecí para acompañar a Sally, pero se negó. La velada ya se había estropeado.

—Sin duda. Especialmente para ella. Es extraño. Ningún empleado del Royal Flush mencionó el incidente de esas fichas desaparecidas.

—Eso afirmó Crichton.

Richard Murphy sonrió.

—No dudo de tu palabra, Dam. Incluso hay un testigo que vio el «Mercury» de Ralph Crichton estacionado frente al porche del *bungalow*. Alrededor de las doce. Más o menos cuando tú dices que se presentó Crichton.

Shepard sintió un nudo en la garganta.

Vació el vaso de *whisky*.

—Ese testigo... ¿vio salir a Crichton y Sally?

—No. Era el propietario de un *bungalow* cercano al tuyo. Regresaba de pasear al perro y vio el «Mercury» maniobrando para estacionar.

—¿Tienes alguna hipótesis?

—Ninguna de momento. Es un caso extraño. Ralph Crichton murió en el «Mercury», pero a la chica la liquidaron en otro sitio. El arma estaba en el auto. Un «Chárter» especial del cuarenta y cuatro. Sin huellas. Los de dactiloscopia siguen investigando en el auto. Sally viajó en el asiento trasero, pero el asesino se molestó en colocarla junto a Crichton para simular que fueron liquidados al unísono.

—¿La misma arma?

—Ahá.

—¿No pueden haberse matado el uno al otro?

—Negativo. Se ha determinado que Sally murió antes que Crichton. Una bala en la sien.

—Ralph Crichton mató a Sally y condujo el cadáver hasta Long Road para arrojarlo al Chicago River. Y allí le liquidaron a él.

—Es posible. A Crichton le dispararon a muy corta distancia. Al igual que a Sally. En ella podía incluso pasar por suicidio. Los vespertinos hacen hipótesis y sospechan de un ajuste de cuentas, pero no comparto esa teoría.

—¿Por qué no?

—Ralph Crichton estaba acabado. No molestaba a nadie y pagaba escrupulosamente su cuota a la organización de Simonetti.

—¿Ya has hablado con el fiscal Tamblyn?

—Hazlo tú —Murphy arrojó unos dólares sobre el mostrador—. Vas a ser de la familia.

—Presentaré mi dimisión.

—No seas ridículo. Lewis Tamblyn necesita hombres como tú. No te preocupes. Tu nombre no saldrá a relucir. Solucionaré pronto el caso. Ya me conoces, ¿no es cierto?

Dam Shepard asintió con leve sonrisa.

—Sí.

Conocía bien a Murphy.

Habían cursado juntos la licenciatura de Derecho. Fue una buena época de camaradería. Luego, la especialidad de Shepard le hizo distanciarse de su amigo. Éste hizo su ingreso en el Federal Bureau of Investigation.

El trabajar para el fiscal Tamblyn hizo que los dos amigos volvieran a coincidir.

—Debo irme, Dam. Te mantendré informado.

—Richard...

—¿Sí?

Shepard entreabrió los labios.

Los movió imperceptiblemente durante unos instantes.

Terminó por mover la cabeza de un lado a otro.

—Nada... Suerte.

—La tendré —sonrió Murphy, duramente—. Sabes que jamás fracaso. Hasta pronto.

El agente del

F. B. I.

abandonó el local.

Dam Shepard le siguió con la mirada. Sintió cómo una invisible mano le atenazaba el corazón, mientras diminutas gotas de sudor comenzaban a perlar su frente.

Miedo.

Miedo a las palabras pronunciadas por su amigo Murphy.

No eran una bravata.

Richard Murphy jamás fracasaba.

CAPÍTULO VII

Sylvia era mulata.

El color de la piel tenía mucho significado en una ciudad como Chicago, dominada por el más violento racismo. Negros, portorriqueños, chicanos... todos eran marginados y despreciados; aunque había excepciones.

Y Sylvia era una de ellas.

Su belleza hacía olvidar todo prejuicio.

Era como una diosa de ébano.

Rostro de perfecto óvalo, donde destacaba su boca de labios gordezuelos, ardientes y lujuriosos. Su grácil cuerpo dotado de sensuales y puntiagudos senos de encrespado pezón. El vientre liso, las caderas pronunciadas.

Unas caderas que ahora se agitaban rítmicas, en suave balancear, alternando con leves movimientos circulares. Todo ello acompañado de ahogados gemidos.

Sylvia era también una diosa de pasión.

De sensualidad.

Lo estaba demostrando.

Quedó extenuada y jadeante sobre Murphy, con la cabeza apoyada sobre el pecho masculino.

—Richard...

—¿Sí?

—Eres un hijo de perra.

—Eso se lo dirás a todos.

Sylvia se incorporó levemente para enfrentar su mirada a la del G-man.

Sonrió dejándose caer a un lado.

—No has cambiado, Richard. El mismo brillo cínico en tu mirada, el mismo de hace dos años.

—¿Dos años? ¡Cómo pasa el tiempo...! Parece que fue ayer

cuando te saqué de la furgoneta de la Metropolitan Police.

—Te pagué con creces el favor, Richard. Te he pasado mucha información. ¿No es cierto?

—Eran otros tiempos —Murphy alargó la diestra atrapando la cajetilla de tabaco depositada en la mesa de noche—. Ahora ya no trabajas para Frank Jaeckel.

—Aquello era demasiado agitado para mí. Me gusta la vida más reposada. Sin sobresaltos ni presiones. Con Crichton el sueldo era menor, pero se trabaja en familia.

—Fue una grata sorpresa verte hoy en el Royal Flush.

—¿Lo ignorabas de verdad?

—Por supuesto, Sylvia. Al abandonar los *night-clubs* de Frank Jaeckel perdí tu rastro y...

—Me largué una temporada a Nueva York. Llevo en el Royal Flush poco más de un año.

—Aproximadamente como Sally Hingle.

Sylvia parpadeó.

Se sentó en el lecho dirigiendo a Murphy una furiosa mirada.

—Ahora comprendo... Estás aquí por Sally. Me has invitado a cenar para... ¡Maldito seas, Richard!

Los desnudos senos de la mulata, pequeños y erectos, iniciaron un agitado balancear.

Saltó del lecho recogiendo un diminuto *slip* tirado sobre la alfombra.

—No seas chiquilla, Sylvia.

La muchacha estaba subiendo el *slip* a lo largo de sus esbeltos muslos. Terminó de ajustarlos ayudada por un sensual movimiento de caderas. Se inclinó para coger la falda.

—¿Acaso estoy equivocada? ¡Responde, Richard!

Murphy exhaló una bocanada de humo.

—Okay. Sabes que no me gusta mentir. Hoy, cuando acompañé al teniente Nicholson, te vi en el Royal Flush formando parte de la plantilla. Fue una grata sorpresa. Somos buenos amigos, ¿no? Te cité para cenar y luego tomar unas copas en tu apartamento. Recordar los viejos tiempos. Llevamos un par de horas juntos. ¿Te he interrogado sobre Sally Hingle?

—¿Acaso no piensas hacerlo? —replicó Sylvia, abotonando la falda.

—Sí, pero eso era secundario. Tú ocupas el primer lugar.

La mulata interrumpió el iniciado ademán de introducirse el *sweater* por la cabeza.

Fijó sus negros ojos en el G-man.

—¿Es cierto eso?

—Creí haberlo demostrado.

—Oh, Richard... perdóname. Tienes razón. Me he comportado como una niña mimada. ¿En qué puedo ayudarte? ¿Qué quieres saber? Ralph Crichton...

—No me hables de él —sonrió Murphy, aplastando el cigarrillo en el cenicero—. Conozco su vida desde que a los catorce años ingresó en el reformatorio de Silverstein. Era un mal bicho y está mejor muerto. Háblame de Sally Hingle. No la tenemos fichada.

—Sally no ejercía la prostitución. Tampoco era drogadicta. Pobre Sally... Una gran chica. Siempre dispuesta a hacerte un favor. Era amiga de todas y todas la queríamos. Yo no la traté mucho. A decir verdad, fuera del Royal Flush se mostraba muy reservada. No tenía ninguna amiga íntima.

—¿Y amigos?

—¿Amigos? Odiaba a los hombres. Los aborrecía. Con gran esfuerzo los soportaba en el Royal Flush.

—¿Acaso era...?

—No, Richard. No era lesbiana. Lo hubiera descubierto. Según propia versión de Sally la violaron de pequeña y eso la traumatizó.

—¿Cómo eran sus relaciones con Crichton?

—Las normales. Sally cumplía bien con su trabajo y Crichton pagaba religiosamente. Supongo que ya estás al corriente, puesto que informamos al teniente Nicholson, de que Sally pensaba dejar el Royal Flush. Lo comentó el mismo día de su muerte con alguna de nosotras.

—¿Fue un día normal en el Royal Flush? ¿Algún incidente por desaparición de fichas de juego?

—En absoluto. ¿Desaparecer fichas de juego? —rió Sylvia—. ¡Imposible con el buitre de Matt Landis controlando todo! Hace dos o tres días Sally fue requerida por Ralph Crichton a su despacho. Me llamó la atención. Crichton no acostumbra hacerlo, al menos en horas de trabajo. Sally salió del despacho muy sonriente. Le

pregunté si le habían subido el sueldo y me respondió que algo mucho mejor. No fue más explícita. ¿Ya has interrogado a Terry Lemmon?

Richard Murphy se incorporó del lecho.

Procedió a vestirse.

—No. He leído la declaración que hizo al teniente. No hay por dónde cogerla.

—Ha sido un duro golpe para Terry. Él y Sally estaban muy compenetrados.

—¿Cómo diablos invitó a un tipo como Terry Lemmon para que compartiera el apartamento?

—Terry la protegía de individuos como Matt Landis, ¿comprendes ahora?

Richard Murphy esbozó una sonrisa.

—Una buena idea. Y de seguro que el pobre Terry no recibía nada a cambio.

—Interrogando bien a Terry puedes sacarle muchas cosas, pero hay que saber hacerlo. Hay que colocarse a su nivel.

EL agente del

F. B. I.

quedó unos instantes en silencio. Lentamente movió la cabeza.

—Sí... Creo que voy a hablar con Terry Lemmon.

* * *

Estuvo cerca de combatir con Lou Corbett para arrebatarse el título de los pesados. Un par de combates más y Terry Lemmon sería proclamado aspirante oficial al título.

Fue en Rockford.

Contra Michael Curtis.

Un desconocido en el *ring*.

Las apuestas se volcaban favorables a Lemmon.

Y los puños de Michael Curtis castigaron cruelmente a Lemmon. Le machacaron sin piedad. Con feroz salvajismo. Al finalizar los quince asaltos, Terry Lemmon quedó convertido en un bloque de tumefacta carne.

No comprendía su derrota.

Incluso hoy día sigue sin comprenderla.

Ignoraba que los contrarios anteriores a Curtis eran asalariados de la Mafia del *ring*. Que le habían encumbrado presentando como

fantásticas victorias lo que en realidad eran vulgares tongos. Que el Sindicato había construido un ídolo de barro.

No.

Terry Lemmon no comprendía nada.

Habían pasado doce años de su combate con Curtis.

Lo recordaba muy bien.

Cada uno de los *rounds*.

Terry Lemmon tenía en aquel entonces veintidós años. Un muchacho alegre. De fuerte complexión. Recién llegado a Chicago procedente de un pequeño villorrio. Un patán fácil de engañar.

Ahora, secuela de aquel brutal combate contra Curtis, era un muñeco roto.

—¿Estabas allí...? ¿Estabas tú allí...? ¿En Rockford?

Richard Murphy contempló aquellas grandes manos.

Rudas, fuertes, demoledoras... pero sin la menor técnica ni habilidad.

—Seguro, Terry. Fue un gran combate.

—Me venció... Curtis me venció... Le aguanté los quince asaltos...

Sí.

Quince rounds.

Cuarenta y cinco minutos de castigo cruel e implacable.

—Fue cuestión de suerte, Terry.

—Sí... yo no tuve suerte... nunca tengo suerte...

Murphy llenó de nuevo los vasos.

Estaban en una de las mesas del «Skorpio». Un pequeño bar de Wolfe Street. Próximo al Royal Flush. Dado lo avanzado de la hora eran los únicos clientes del local.

—No debes quejarte, Terry. Sé que vives con Sally. Una gran chica que te aprecia.

El vaso se quebró entre las poderosas manos de Lemmon.

Whisky y sangre gotearon sobre la mesa.

Terry Lemmon abrió las manos soltando los cristales rotos.

—Ha... ha sido sin querer...

—Tranquilo, Terry —Murphy le tendió un pañuelo—. Límpiate...

—Sally ha muerto... Ayer la mataron...

—¿Quién la mató, Terry?

Lemmon alzó la cabeza. Su rostro, casi cuadrado, reflejó una extraña mueca. También sus ojos destellaron con enigmático brillo. Fue como un momento de lucidez que pronto se eclipsó.

—Ya tenía los boletos... Hoy teníamos que haber salido para Springfield.

—¿Tú y Sally?

—Sí... ¿No lo crees? Te los enseñaré... Mira... aquí los tengo...

Lemmon rebuscó en los bolsillos.

Tendió dos boletos Chicago-Springfield.

—¿Te dijo Sally que los compraras?

—Sally iba a ganar mucho dinero... Nos marcharíamos a Springfield... Me iba a llevar con ella... Y la han matado...

—¿Crees que ha sido Crichton?

—¡Déjame en paz...! ¡No quiero hablar más contigo!

—Yo también era amigo de Sally y...

—¡Mientes! —rugió Lemmon incorporándose y haciendo caer la silla—. ¡Sally sólo me tenía a mí! ¡Ningún otro amigo...! ¡Sólo yo...!

Terry Lemmon giró abandonando el local con torpe paso.

El hombre del

F. B. I.

no hizo ademán de seguirle.

Terminó el vaso de *whisky*.

Dos boletos para Springfield y mucho dinero...

¿De dónde pensaba Sally conseguir el dinero?

Richard Murphy se levantó sacudiendo la cabeza.

Lo único cierto es que habían pagado a Sally Hingle con plomo.

* * *

—¡Por fin apareces, Richard! Llevo más de una hora tratando de localizarte. He telefoneado a tu apartamento y...

—¿Tanto me has echado de menos, Joanna?

La muchacha hizo una significativa mueca.

Joanna Blake, una atractiva joven de veintidós años de edad, era ayudante en los laboratorios técnicos del Federal Bureau of Investigation de Chicago.

—No es momento de bromas, Richard. Se ha descubierto algo muy importante. Huellas en el tapizado del asiento trasero del auto de Ralph Crichton. Las huellas pertenecen a Dam Shepard.

—¿A Dam?

—Sí, Richard. Y no sólo eso. Las huellas de Shepard aparecen también en la billetera de Ralph Crichton.

Murphy apretó con fuerza las mandíbulas.

—Maldito estúpido... No ha sido del todo sincero conmigo. Sin duda teme comprometerse y...

—¿Comprometerse? —le interrumpió Joanna—. El inspector Sutherland está redactando ya una orden de búsqueda y captura contra Shepard. Sospechoso de asesinato. Esperaba localizarte para...

Richard Murphy no escuchó más.

A grandes zancadas recorrió pasillos y salas hasta empujar la puerta semi vidriera del despacho de John Sutherland.

El SAC del Federal Bureau of Investigation no estaba solo.

Tres hombres cercaban su mesa escritorio.

La aparición de Richard Murphy hizo que el inspector saltara del sillón giratorio. Con el rostro congestionado.

—¡Maldita sea, Murphy! ¿De dónde diablos sale?

—He interrogado a Shepard y luego...

—¿A Shepard? ¿Dónde está?

—Hablé con él a primera hora de la tarde. Supongo que ahora se encontrará en su *bungalow*.

El inspector Sutherland mostró los dientes en una sonrisa poco tranquilizadora.

—Retírense a cumplir mis órdenes —dijo a los tres hombres para luego posar de nuevo su dura mirada en Murphy—. En el *bungalow*, ¿eh?

—Oiga, inspector... acabo de ser informado El hecho de que las huellas...

—Deme la declaración de Shepard.

—¿Cómo?

Sutherland resopló furioso.

—Me ha oído perfectamente, Murphy.

—Bueno... Aún no tengo redactado el informe. Fue una conversación informal Dam Shepard me dijo que...

El inspector interrumpió de nuevo.

—¿Le dijo que había estado en el interior del auto de Crichton?

—No.

—Apuesto que tampoco le comentó que estuvo manipulando en

la billetera de Crichton.

—No sospechará de Shepard, ¿verdad?

—¿Por qué no? ¿Tiene bula? Apenas me pasaron el informe de dactiloscopia, y dado que usted no aparecía por ninguna parte, envié a dos agentes en busca de Shepard. Sólo para hacerle algunas preguntas. Nadie respondió en el *bungalow* de Keel Boulevard. Estoy a la espera de recibir una orden de registro. También he dado instrucciones para localizar y detener a Shepard.

—Yo llevo el caso, inspector. Considero ridículo que...

—¡Me tiene hartó! —vociferó Sutherland—. ¿Cree que podemos permanecer en el Departamento a la espera de que se digne aparecer? Redacte de inmediato un informe de su interrogatorio a Dam Shepard.

—Pero...

—Eso es todo, Murphy. ¡Lárguese!

—Sí, señor.

Richard Murphy abandonó el despacho.

No fue hacia la amplia sala plagada de mesas donde hombres y mujeres deambulaban de un lado a otro amenizados por el sonido de las máquinas eléctricas.

Tampoco acudió a la sección de dactiloscopia ni al laboratorio.

Richard Murphy salió del edificio.

Quería ser el primero en localizar a Shepard.

CAPÍTULO VIII

Dam Shepard penetró en el *bungalow*.

Accionó el interruptor del salón iluminando la estancia.

—Buenas noches, Dam.

El respingo de Shepard resultó cómico, aunque no la cadavérica palidez de su rostro.

—Richard... ¿qué haces aquí?

El agente del

F. B. I.

estaba acomodado en uno de los severos sillones del salón. Con un vaso de *whisky* en su mano derecha.

—Esperándote. Apagué las luces para ahorrar energía.

—¿Por dónde has entrado?

—Por la puerta. Ya me conoces, Dam. Ninguna se me resiste. Es cuestión de paciencia y habilidad.

Dam Shepard avanzó hacia el mueble principal del salón. De una de las vitrinas extrajo una botella de *brandy*.

—No me gusta que utilices conmigo esos métodos, Richard. Si querías hablarme podías haber telefoneado o esperar a mañana.

—Eres difícil de encontrar, Dam. Trasnochas demasiado.

—Suelta lo que tengas que decir, Richard. No estoy de humor.

—Tampoco yo, muchacho. No me gustan las mentiras y menos cuando provienen de un amigo.

—¿Qué quieres decir?

—En el «Mercury» de Ralph Crichton han aparecido tus huellas. También en su billetera.

La palidez seguía dominando el rostro de Shepard.

—¿Y qué? Acompañé a Sally hasta el auto. En cuanto a la billetera... quise convencer a Crichton. Le entregaría yo el valor de las fichas para que dejara en paz a Sally.

—¿Por qué lo has hecho, Dam? ¿Qué ocurrió?

—No comprendo...

—Sí, Dam. Comprendes perfectamente —Murphy se incorporó depositando el vaso sobre la cercana mesa—. Me he dedicado a husmear por el *bungalow*. En el triturador de basura he encontrado jirones de ropa. Alguno de ellos manchado de sangre. Tal vez una sábana. Sin duda la que envolvió el cadáver de Sally. ¿Qué ocurrió, Dam? Quiero ayudarte. Soy tu amigo.

—Ya nadie puede ayudarme, Richard... nadie...

—¿Qué ocurrió?

Shepard esbozó una sonrisa.

De un trago vació la copa de «Curvoisier».

—De la forma más absurda, Richard... Todo empezó en juego y terminó en tragedia.

La narración de Shepard fue breve, aunque sin silenciar detalle alguno. Fue muy explícito. Desde que Sally empuñó graciosamente el «Chárter» hasta el momento en que el arma era disparada sobre la cabeza de Ralph Crichton.

—Y eso es todo, Richard. ¿Qué te parece? Dam Shepard, el prometedor abogado, el fiel ayudante del fiscal Tamblyn, convertido en un asesino.

—Has cometido muchos errores, Dam. No avisar de inmediato a la policía. Ceder al ofrecimiento de Crichton, matarle... Muchos errores, pero el mayor de todos no sincerarte conmigo esta tarde. Aún era tiempo. Tenías atenuantes a tu favor. El *shock* sufrido, tu estado de ánimo, la pésima reputación de Crichton... No tenías que haber esperado a que se encontraran tus huellas. Ahora es...

—No, Richard. Ya era demasiado tarde. Antes y ahora.

—Tonterías. Incluso ahora es tiempo de rectificar. Confesarás.

—No, no tengo escapatoria.

—Será una sentencia mínima, Dam. Puede que tu brillante carrera de abogado se vaya al diablo, pero eso no debe inquietarte. Lo importante es solucionar el problema.

—No te he contado todo, Richard. Esta tarde, al despedirme de ti, acudí al *parking* en busca de mi auto. Allí me esperaban dos individuos que...

—¡Hablas demasiado, Dam! —dijo súbitamente una voz desde la puerta de entrada al salón—. Y te advertí que eso era peligroso para la salud.

Eran tres los individuos que habían hecho su aparición.

El que había hablado no empuñaba armas, pero sí sus dos acompañantes. Cada uno de ellos llevaba una terrorífica metralleta «Beretta» del 7,92.

Dam Shepard dirigió una angustiada mirada al sonriente agente del

F. B. I.

—Estás muy lejos de tu zona, Howard —dijo Murphy—. ¿Tienes permiso de Frank Jaeckel?

Howard Manz, para no ser menos que sus dos compañeros, llevó la mano derecha a la axila descubriendo una «Luger».

Sonrió mostrando unos nicotizados dientes.

—Hola, Murphy. Es un placer verte, pero será mayor enviarte al infierno. No emprenderás el viaje en solitario.

Dam Shepard captó el significado de aquellas palabras.

—¿Van a matarme?

—Seguro. He escuchado parte de vuestra conversación. Si la policía está tras tus pasos, ya no nos resultas de utilidad, hermano. Olvida el trato y encomienda tu alma al diablo.

—Un momento, Howard —dijo uno de sus compañeros—. ¿No sería mejor consultarlo con Frank?

—No seas idiota, Salkow. ¿No lo comprendes? La policía busca a Shepard. Ya no nos sirve.

—Creo que eso debe decidirlo Frank.

Howard Manz se encogió de hombros.

—Okay. Lleváoslo y esperadme fuera. Yo me encargaré personalmente de Murphy. He soñado con este momento mucho tiempo.

Los dos hombres se hicieron cargo de Dam Shepard.

Abandonaron el *bungalow*.

Howard Manz, sin borrar su cruel sonrisa, bajó levemente el cañón de la «Luger».

—Inténtalo, Murphy. Llevas tu reglamentario revólver, ¿verdad? Adelante, bastardo. ¿Por qué no lo intentas?

El

G-man

permaneció inmóvil.

Conocía a Manz.

Uno de los hombres de confianza de Frank Jaeckel.

El encargado de los trabajos sucios. Un tipo que disfrutaba apretando el gatillo.

—No pienso hacerlo, Howard. Nada tengo contra ti. Eres un ciudadano que paga sus impuestos.

Manz rió divertido.

—Siempre tan gracioso. Satanás te recibirá con los brazos abiertos.

—No seas ridículo, Howard. Lárgate y olvidaré que has amenazado a un agente del

F. B. I.

—Ya. Y también olvidarás que nos llevamos a Shepard.

—Ya no os sirve, tú lo has dicho. Frank lo soltará.

—Sabes que eso no ocurrirá. Frank se las prometía muy felices con Dam Shepard. Conoces a Matt Landis, ¿verdad? Hoy se presentó con una historia muy interesante. Un truco que su jefe había planeado. Landis lo sospechó. Es inteligente. También Ralph Crichton tuvo una magnífica idea. Convenció a una idiota para que simulara suicidarse ante Shepard y luego poder chantajearle.

—Y Sally Hingle se liquidó de verdad.

Manz volvió a reír.

—Sí, diablos... Me hubiera gustado ver la cara de la chica. Lo bueno viene luego. El mosca muerta de Shepard dispara contra Ralph Crichton. Eso es lo que deducimos. Y Dam Shepard lo confirmó después de amigable conversación con Frank. Nosotros no queremos el mísero dinero que pueda tener Shepard. Nos es más útil como colaborador del fiscal Tamblyn. Le convencimos. Dam Shepard nos pasará toda información interesante del gabinete del fiscal a cambio de nuestro silencio.

—Shepard va a ser acusado de asesinato.

—Sí, Murphy. Y eso disgustará mucho a Frank. Apuesto que...

—¡Eh, Howard! —gritó una voz desde el *living*—. ¿Terminas de una vez?

Manzladeó instintivamente la cabeza.

De inmediato se percató del error, pero ya era demasiado tarde.

A hombres como Richard Murphy no hay que darles la menor oportunidad.

El agente del

F. B. I.

saltó como un felino. Antes de refugiarse tras el sofá ya tenía en su diestra el revólver del treinta y ocho.

Manz disparó primero, pero su bala se perdió por la rapidez del G-man.

La respuesta de Murphy sí fue certera.

Howard Manz trastabilló impulsado por el plomo incrustado en su pecho.

A la altura del corazón.

Al caer hizo tropezar a Salkow que llegaba precipitadamente. No llegó a perder el equilibrio. Encañonó a Murphy con la «Beretta» pero no tuvo ocasión de accionar el gatillo.

El agente del

F. B. I.

no se lo permitió.

Su revólver funcionó por segunda vez.

Salkow se desplomó sobre su inerte compañero. Con una bala entre ceja y ceja.

Richard Murphy saltó ágil sobre los dos cadáveres emprendiendo veloz carrera hacia la salida.

Su aparición bajo el porche coincidió con el crepitar de una ráfaga de ametralladora.

Se arrojó al suelo.

Aún no se había extinguido el eco de los disparos cuando el silencio de la noche volvió a turbarse por el rugir de un motor.

El auto que se llevaba a Dam Shepard desapareció como una exhalación.

CAPÍTULO IX

Susan Helpman era como una serpiente de cascabel.

Extraordinariamente bella... y peligrosa.

—¿Les oyes discutir, Dam? Parecen verduleras. Y el que más grita es Frank.

—¿Están decidiendo mi suerte?

Susan lucía una blusa anudada bajo el busto y corto hot-pants.

Recostada en el sofá.

—Eso creo. Han surgido problemas. Ese agente del

F. B. I.

parece haber liquidado a Manz y Salkow. Eso no tiene importancia, pero sí tenemos la reacción del inspector Sutherland. De seguro se dejará caer con una legión de

G-men

por todos los lugares habituales de Frank Jaeckel. Esta casita de campo donde nos encontramos ahora no es conocida por el

F. B. I.

—¿Por qué no me deja marchar?

—Eso terminará haciendo. Frank es un cobarde. El dinero amasado y el confort lo han hecho blando. Te soltará y mañana, cuando se haga ver al

F. B. I.,

se mostrará muy sorprendido al saber lo ocurrido a Manz y Salkow. Negará toda participación en los hechos.

—Si teme que yo pueda denunciarle por secuestro...

—Oh, no... Te consideramos suficientemente listo para mantener la boca cerrada. Si hablas te sería cerrada para siempre. Bastantes problemas tienes ya, ¿verdad, querido? Te acusan de la muerte de Crichton... y puede que también cargues con la de Sally Hingle.

Shepard quedó en silencio.

Con la mirada fija en el vaso de *whisky* que sostenía entre sus manos.

La muchacha saltó del sofá acudiendo hasta el sillón ocupado por Shepard.

—¿Tienes miedo, Dam?

Shepard enfrentó su mirada a la de Susan.

Los ojos de la joven eran verdes.

Embriagadores.

Con un destello lascivo en las pupilas. También su bello rostro acusaba sensualidad. Todo su cuerpo despertaba lujuria. Incluso el perfume que emanaba de su bronceada piel.

—Ya no. En estas últimas veinticuatro horas he vivido más que en mis veintiocho años de existencia. Dominado por todo un cúmulo de sensaciones extremas. De situaciones límite. No, Susan. Ya no tengo miedo.

—Eres muy atractivo, Dam... Me gustas...

La muchacha tomó entre sus manos el rostro de Shepard.

Lentamente aproximó sus labios. Entreabiertos. Ardientes. Devoradores...

Los aplastó contra la boca de Shepard.

Éste, pese a permanecer inmóvil y pasivo, acusó la marcada lascivia del beso.

Susan se separó sonriente.

—Sí, Dam... Me gustas. Te observé esta tarde. Mientras respondías al interrogatorio de Frank. Cuando te llevaron a tu *bungalow* quedé pensando en ti. Fue una grata sorpresa verte aparecer de nuevo.

—¿Tú no tienes miedo? Eres la chica de Frank Jaeckel ¿no? Si te descubre coqueteando conmigo...

—¡La chica de Frank Jaeckel! —La mueca de repugnancia fue visible en el rostro de Susan—. Ya le has visto. Tiene cerca de sesenta años. Gordo, fofo, torpe... Yo acabo de cumplir los veinticuatro. Soy ambiciosa. Muy ambiciosa, Dam. Frank me compró hace un par de años. Sí, Dam. Me compró. Mi madre trabajaba en la Tsopel Company. Una importante imprenta. Uno de los negocios legales de Frank. Y mi madre me cedió a Frank por dos mil dólares. Yo no ofrecí resistencia. No quería terminar con la cara marcada o bañada en ácido. Puede que Frank se canse pronto de

mí. ¿Y qué habré conseguido? Algunas joyas, unos abrigos... Frank es un hijo de perra. Me controla el dinero. Dólar a dólar.

—Pues los negocios no le van mal.

—Reparte la ciudad con el clan de Simonetti.

Shepard vació el vaso de *whisky*.

—Por poco tiempo. Los días de Vittorio Simonetti están contados.

—¿Por el trabajo del fiscal Tamblyn?

—Sí. Conocemos sus puntos débiles.

—¿Todos?

Shepard esbozó una sonrisa.

—Los suficientes como para aplastarle definitivamente. Sus laboratorios clandestinos de droga, los almacenes, sus centros de apuestas ilegales, su red de trata de blancas... Será una buena redada. Se acabó la competencia para Frank Jaeckel.

Susan se había dejado caer sobre la alfombra.

Arrodillada a los pies de Shepard.

—Una gran oportunidad para adueñarse de Chicago. Todo el sindicato del vicio y crimen organizado bajo un solo mando.

—Puedes proponérselo a Frank Jaeckel.

—¿A Frank? —rió Susan en despectiva carcajada—. Cualquier hombre del clan Simonetti que quede a salvo de la redada se enfrentaría a Jaeckel. De nuevo quedaría dividida la ciudad. Hay que actuar ahora. Contra Simonetti. Antes de que el fiscal Tamblyn actúe. Y eso sólo puede hacerlo un hombre inteligente. Un hombre que conozca los puntos vulnerables de la organización Simonetti.

—No te comprendo...

—Sí, Dam. Si me comprendes. Ese hombre eres tú. ¿No te das cuenta? Vas a ser juzgado por la muerte de Ralph Crichton. Tal vez, por ser un hombre de leyes, la justicia sea más severa contigo. Pueden hundirte, Dam. Cuando salgas de prisión serás un hombre acabado. Al frente del imperio de Jaeckel puedes convertirte en el amo de Chicago. Podrás burlar a la ley una y otra vez. Tenemos refugios en toda la ciudad. ¡En todo Illinois! Unos meses. En unos pocos meses habrás amasado millones de dólares.

—Estás... estás loca...

—No, Dam. ¡Es posible! Y tú lo sabes. Chicago es una jungla. Imagina tan sólo lo que podemos conseguir atacando ahora a

Vittorio Simonetti. Su posible reacción, con la amenaza del fiscal Tamblyn sobre su cabeza, no debe preocuparnos.

—Pero Jaeckel...

—¿Jaeckel? ¡Frank Jaeckel no cuenta para nada! —exclamó Susan, con el rostro encendido—. ¡Es un barril de grasa carente de toda iniciativa! Sus hombres te seguirán, Dam. No lo dudes. Yo les convenceré... Están hartos de vegetar y compartir la mesa con Simonetti. Cuando estén al corriente del plan a seguir contra Simonetti te obedecerán como perros. En unos pocos meses, con una fabulosa fortuna en nuestro poder, abandonaremos los EE. UU.

—¿Y cómo convencer a Jaeckel?

Los carnosos labios de Susan sonrieron.

—Con la muerte, Dam. Frank debe morir para que tú ocupes su trono. Tú serás el número uno.

—El número uno...

—Sí, Dam. Y yo contigo. A tu lado...

Susan quitó el nudo de la blusa en rápido movimiento. Sus senos, opulentos y erectos, se ofrecieron desafiantes.

Dam Shepard se abalanzó sobre la mujer.

Rodaron por la alfombra.

Unidos sus labios.

La mano derecha de Shepard se introdujo bajo el reducido *short*. La propia Susan deslizó la cremallera del pantalón y alzó las caderas para facilitar que la prenda bajara por sus esbeltos muslos.

Jadeantes como bestias intercambiaron lascivas caricias.

El agitar de sus cuerpos se interrumpió al sonar los golpes. También la voz resonó a través de la puerta.

—¡Maldita sea, Susan...! ¡Abre de una condenada vez!

Shepard y Susan se miraron a los ojos.

La muchacha se incorporó con entrecortado respirar. Se ajustó nuevamente el *short* y anudó la blusa bajo el busto.

Dam Shepard también adecentó su vestimenta.

Los golpes seguían sobre la puerta.

—¡Abre, sucia ramera...!

Susan sonrió.

De uno de los cajones del mueble principal del salón extrajo una tabaquera que colocó sobre la mesa.

Shepard había retornado al sillón.

—Puedes coger un cigarro, Dam —sonrió Susan, acudiendo a abrir la puerta—. Te gustarán.

Al franquear la puerta apareció un individuo de voluminosa figura. Su mofletudo rostro rojo de ira.

—¿Qué diablos estabas haciendo? ¿Por qué no has abierto antes?

—Perdóname, Frank. Estaba buscando unos cigarros para...

La diestra de Frank Jaeckel, de dedos cortos y morcillosos, abofeteó a la mujer.

—¡Ya hablaré contigo luego! —Jaeckel avanzó hacia el centro de la estancia—. ¡En pie, Shepard! Tenemos que tratar un asunto.

Dam Shepard no se levantó.

Tenía frente a él la abierta caja de tabaco.

No contenía cigarros, sino una automática «Sterling». Calibre 22. Seis tiros.

Lentamente tendió su diestra.

—¿No me has oído, Shepard? ¡En pie, estúpido!

Dam Shepard sonrió.

Fríamente cogió la pistola.

Seguía sonriendo en el momento de apretar el gatillo.

Una y otra vez.

Hasta vaciar el cargador en el voluminoso cuerpo de Frank Jaeckel.

CAPÍTULO X

Un gran plano de la ciudad de Chicago colgaba de la pared.

John Sutherland iba tecleando con el dedo índice distintas zonas del mural.

—Apted Road, Bloom Street y en la Rail Avenue. Tres locales de la organización de Simonetti fueron atacados esta mañana simultáneamente. A las diez a. m. comenzó la operación. Con un balance de cinco muertos y dos heridos. Todos ellos hombres de Simonetti. Frank Jaeckel le ha declarado la guerra.

El inspector Sutherland hizo una pausa.

Acudió a su mesa escritorio rebuscando entre los papeles allí amontonados.

Alzó la mirada.

Contemplando a los cuatro hombres que le escuchaban en silencio, dedicó especial atención a uno de ellos. Al agente Richard Murphy.

El SAC prosiguió:

—Los tres locales atacados eran vitales para Vittorio Simonetti. En el de Apted Road se almacenaba gran cantidad de droga aún sin refinar ni empacar. Los hombres de Jaeckel se llevaron todo el cargamento. En el sótano de Bloom Street se hallaba instalado el más sofisticado sistema de apuestas ilegales de todo el Middle West. Destrozaron máquinas, computadoras, llevándose los archivos y el dinero. En la Rall Avenue estaba el centro de contabilidad y registro de cuotas de protección. De ahí también se llevaron los archivos y el dinero. Los tres locales asaltados eran top-secret. ¿Cómo se enteró de ello Frank Jaeckel? La respuesta es muy sencilla. El fiscal Tamblyn y sus colaboradores habían elaborado un fabuloso *dossier* contra Simonetti, logrando grandes y espectaculares descubrimientos. Pues bien, caballeros. Uno de los ayudantes del fiscal, Dam Shepard, está informando a Jaeckel. ¿No es cierto,

Murphy?

Richard Murphy esbozó una sonrisa.

Ignorando la dura mirada de su superior.

—Es posible, señor.

—¿Posible? ¡Maldita sea, Murphy! Ayer noche, en su particular tiroteo contra dos hombres de Jaeckel, le confirmaron ese punto. ¡Shepard está informando de todas las investigaciones realizadas contra Simonetti!

—Contra su voluntad.

—Permítame algunas dudas. Dam Shepard podía acceder al chantaje de Jaeckel temeroso de que se descubriese su crimen. Pero ya se confesó autor de la muerte de Ralph Crichton. Usted mismo recibió esa confesión. ¿No es cierto, Murphy? Shepard ya nada tiene que ocultar. ¿Por qué colabora entonces? ¿Por qué sigue el juego a Jaeckel?

—Yo también tengo algunas dudas, inspector —dijo uno de los allí reunidos—. Referente a Frank Jaeckel.

—Hable, McBride.

—Desde mi ingreso en el

F. B. I.

se me especializó en la lucha contra el crimen organizado. Conozco bien el modo de operar de todos los sindicatos y sus respectivos jefes. Hace años, cuando la Mafia dio carta blanca a Vittorio Simonetti, Chicago se convirtió en un terreno de discordia por las desavenencias de los «capos». Vittorio acalló esa lucha interna nombrándose jefe supremo. Surgió Frank Jaeckel. En aquel entonces un tipo peligroso. Simonetti y Jaeckel pactaron. Chicago quedaba dividido en dos grandes zonas. Durante largos años ninguno de los dos jefes alteró lo tratado. Simonetti se fue consolidando, mientras que Frank Jaeckel se limitaba a vegetar. Actualmente es un individuo conformista. No le ha importado ceder en algunas actividades delictivas en favor del clan Simonetti. Me sorprende mucho que ahora se lance a una guerra abierta contra Vittorio Simonetti. No le considero capaz de ello.

—Pues lo ha hecho, McBride —replicó el inspector—. Puede que en otras circunstancias no se atreviera temeroso de la represalia de Simonetti; pero ahora sabe que no ocurrirá tal cosa. Shepard le habrá informado de que los días de Simonetti están contados. Que

el *dossier* elaborado por el fiscal exterminará por completo a Simonetti. ¡Y de ahí nace la valentía de Frank Jaeckel!

El agente McBride denegó con un movimiento de cabeza.

—Alguno de sus hombres sí es ambicioso y audaz, pero Frank... Le conozco bien. Se ha convertido en el clásico burgués enemigo de toda preocupación.

El inspector Sutherland rió en dura carcajada.

—Le vamos a proporcionar más de una cuando logremos dar con él...

—Le interrogaremos —interrumpió Murphy—. Eso es todo. Un simple interrogatorio. Jaeckel negará estar al corriente de las actividades de Salkow y Manz. Y negará también conocer el paradero de Dam Shepard. Declarará en compañía de sus expertos abogados.

El inspector enrojeció.

Aún consciente de que las palabras de Murphy eran lamentablemente ciertas, trató de rebatirlas.

—Desde el tiroteo en el *bungalow* de Shepard estamos tratando de localizar a Frank Jaeckel. Durante toda la mañana mis hombres deambulan por los locales de la organización Jaeckel. No se encuentra en ninguno de sus domicilios habituales. Tampoco en las empresas... legales por él controladas.

No hay rastro de Frank Jaeckel. ¿Por qué, Murphy? ¿Por qué se esconde?

—Lo ignoro, señor.

—Creo que la respuesta está en su amigo Shepard. Cuando logremos dar con él, no sólo será acusado de la muerte de Crichton, sino también de pasar información...

El timbre de uno de los teléfonos depositados sobre la mesa interrumpió al inspector Sutherland.

Atrapó el micro.

Lo colgó a los pocos segundos.

—Ya hemos localizado a Frank Jaeckel.

—¿Dónde? —inquirió el agente McBride.

John Sutherland respiró con fuerza.

—En un bidón de basuras de Farber Hill. Con seis balas en el cuerpo.

* * *

Richard Murphy conducía el auto por West Ohio Street.

Pensativo.

Estaba ya al corriente de algunos datos relacionados con la muerte de Frank Jaeckel. El forense dictaminó que llevaba muerto más de ocho horas. Le liquidaron poco antes del amanecer y llevaron el cadáver a Farber Hill.

Una buena coartada para Jaeckel.

No había dirigido los ataques contra Simonetti.

A las diez a. m. Frank Jaeckel era ya fiambre.

¿Quién le había sustituido en el mando de la organización? ¿Su lugarteniente Gall *Curry*? ¿Sam Brancroft...?

Los negocios legales de Jaeckel, todos ellos en sociedad, seguían controlados por los consejeros de administración; pero las actividades delictivas, principal fuente del ingreso más importante de los negocios legales y tapadera de otros, ¿quién los dirigía?

Murphy consultó su reloj de pulsera.

Llegaba tarde a su cita para almorzar con Joanna.

Al frenar ante un *stop* de la Wabash Avenue sintonizó la radio del auto.

A tiempo de captar un mensaje.

«... Repito, a todos los coches patrulla que circulen por la zona de Peck Hill, barrio Wals y barrio Morse. Tiroteo en el 2020 de Keel Boulevard. Acudan de inmediato dando su posición e itinerario».

El 2020 de Keel Boulevard.

El *bungalow* de Dam Shepard.

Richard Murphy reaccionó al instante.

Acopló rápidamente la sirena de alarma sobre la capota del «Pontiac». El intenso tráfico de la Wabash Avenue, en el centro de Chicago, le impidió circular a la velocidad deseada.

Estaba muy distante de las zonas señaladas por la emisora de la policía, y de seguro llegaría tarde para prestar cualquier ayuda; pero quería informarse cuanto antes de lo ocurrido.

El *bungalow* de Shepard, después del tiroteo allí, originado que causó la muerte de Salkow y Manz, había sido precintado por el F. B. I.

Dos agentes de la Metropolitan Police habían quedado de vigilancia.

También se había levantado acta de las pruebas encontradas

contra Dam Shepard; llegando a demostrar, no sólo por los restos de sábana encontrados, sino por las huellas en el dormitorio, que Sally Hingle había muerto en el *bungalow*.

Richard Murphy, ya circulando por barrio Morse, pudo dar la máxima velocidad al auto.

La emisora de radio seguía transmitiendo datos y órdenes.

Una ambulancia estaba ya de camino hacia Keel Boulevard.

Escuchó la descripción del vehículo causante del tiroteo. Un «Buick» negro ocupado por cuatro hombres armados.

Murphy se adentró vertiginosamente por Keel Boulevard.

Divisó la ambulancia frente al porche del *bungalow*. Dos coches de la Metropolitan Police, con la luz roja giratoria sobre la capota, bloqueaban la entrada.

El agente del

F. B. I.

frenó con estridente chirriar.

Descendió del auto aproximándose a grandes zancadas hacia los coches patrulla. Desde uno de ellos se estaban cursando órdenes por radio.

Murphy mostró su credencial a un sargento de la Metropolitan.

—Agente Murphy, del

F. B. I.

¿Qué ha ocurrido, sargento?

—Los dos policías que custodiaban el *bungalow* fueron atacados súbitamente por los cuatro ocupantes de un «Buick». Los dos policías han muerto. Ni tan siquiera tuvieron tiempo de empuñar sus armas. Dos de los atacantes quedaron junto al «Buick» mientras que los otros dos penetraron en el *bungalow*. Según un testigo salieron a los pocos minutos con una voluminosa bolsa en la mano.

Richard Murphy avanzó hacia la casa.

Sobre los escalones del porche yacían sin vida los dos policías.

Acribillados a balazos.

El

G-man

se adentró en el *bungalow*.

Le llamó la atención una abierta puerta del corredor.

El dormitorio de la difunta señora Shepard.

De inmediato echó en falta el cuadro.

Un retrato de la señora Shepard pintado al óleo y que Richard Murphy recordaba haber visto siempre colgado de la pared.

Había desaparecido.

Los cajones de la mesa de noche, abiertos. También los del armario. Sin duda se habían llevado varios objetos personales de la madre de Dam Shepard.

Murphy giró acudiendo a la habitación de Dam Shepard.

Fue hacia el buró.

No estaba la fotografía.

La fotografía que la señora Shepard había dedicado a su hijo Dam tampoco estaba allí.

—Señor Murphy...

El agente del

F. B. I.

desvió la mirada hacia la entrada.

—¿Sí, sargento?

—Ahí fuera hay un testigo... El propietario de un supermercado existente tres calles más abajo. El «Buick» dobló frente a su establecimiento. Afirma que reconoció a uno de los ocupantes del vehículo.

Murphy esbozó una fría sonrisa.

Aunque adivinaba la respuesta, inquirió:

—¿Dam Shepard?

El sargento de la Metropolitan Police asintió.

—Sí, señor. El testigo identificó a Dam Shepard.

CAPÍTULO XI

El bello rostro de Joanna no ocultó su decepción.

—¿Ahí?

—Sí, Joanna. ¿Ocurre algo?

—¡Me he puesto mi mejor vestido!

Richard Murphy descendió del auto.

Abrió la portezuela correspondiente a Joanna. La joven lucía un elegante modelo en muselina de seda estampado en lunares negros.

—Estarías igualmente seductora dentro de un saco de patatas, Joanna.

—¡Oh, Richard...! ¡Qué galante eres!

El marcado tono de sarcasmo empleado por Joanna hizo sonreír al G-man.

Tomó a la muchacha del brazo.

—Te gustará el Royal Flush, Joanna. No te dejes impresionar por la fachada.

—Royal Flush... Me parece haberlo oído mencionar recientemente...

—¿De veras? No me sorprende. Es el local de moda en Chicago.

Descendieron las escaleras que conducían al club.

El local se dividía en diferentes salas.

En la principal, más ruidosa y concurrida, se emplazaban las mesas de ruleta, dados, chemin de fer, *black-jack*, kino y las slot-machines. Un pequeño salón se destinaba exclusivamente al póker. Otra sala era frecuentada por parejas en íntima y pecaminosa atmósfera. Las chicas del Royal Flush engatusaban a los clientes afortunados en el juego para que las invitaran a una botella de champán en aquel coquetón y discreto salón.

Un mostrador en forma de herradura envolvía la sala principal.

Richard Murphy condujo a la muchacha hacia la barra.

—¿Vamos a sentarnos en...?

La protesta de la joven se interrumpió al ver que Murphy se encaramaba en uno de los taburetes del mostrador.

—Anima esa cara, Joanna —sonrió el agente del

F. B. I.

— ¿Qué quieres beber?

—Oye, Richard... ¿Por qué no nos vamos?

—¿Írnos? La noche aún es joven, Joanna. Te he invitado a cenar para compensarte del plantón del almuerzo. Ahora disfrutamos del agradable ambiente del Royal Flush.

Acudió uno de los barmans.

Richard Murphy solicitó una copa de «Izmira».

Para Joanna un *gin-tonic*.

—Adelante, Richard. No lo demores más.

—¿A qué te refieres?

—No soy tonta. Me sorprendió que me invitaras a cenar. Los últimos acontecimientos han movilizado por completo al

F. B. I.

Máxime después de lo ocurrido en Keel Boulevard. Todos a la caza y captura de Dam Shepard. Los locales del difunto Jaekel frecuentados por agentes, se interroga a empleados, a confidentes... Una movilización total para frenar la guerra declarada contra Simonetti y para dar caza a Shepard. Todos movilizados... ¿menos tú? No, Richard, estamos aquí con un fin determinado, ¿no es cierto?

—Llevo más de veinticuatro horas de servicio ininterrumpido. Es lógico un pequeño descanso.

Joanna abrió su bolso de mano.

Llevó a sus gordezuelos labios un «Carlton-Menthol».

—Ya. ¿A quién pertenece este local?

—Su propietario falleció recientemente. Era Ralph Crichton.

—De ahí que me resultara familiar el nombre... Lo oí mencionar en el departamento, aunque sin asociarlo con Crichton. ¿Qué esperas encontrar aquí, Richard?

—Sólo quiero hablar con Matt Landis. Supongo que estará ahora al frente del negocio. Disculpa...

Murphy descendió del taburete.

Fue hacia una de las cajas de cambio.

Retomó junto a la muchacha portando un montón de fichas.

—Aquí tienes, Joanna. Repartiremos las ganancias. ¿De acuerdo?

—Pero...

—Espérame. Será cuestión de minutos.

—¡Richard...!

El

G-man

hizo caso omiso a la llamada de la joven.

Atravesó la bulliciosa sala. En dirección a una escalera que conducía a las dependencias privadas del Royal Flush.

Un individuo, en el primer escalón y apoyado en la baranda, controlaba el paso.

—Los servicios están al otro lado, hermano.

Murphy sonrió.

—Juraría que era aquí. Como huele tan mal...

El individuo se envaró.

El agente del

F. B. I.,

sin darle tiempo a reaccionar, le plantó la credencial a escasas pulgadas de la nariz.

—¿Está Matt arriba?

—Sí...

—Okay. No te molestes en acompañarme. Conozco el camino.

Murphy apartó al individuo.

Subió la escalera.

Vio salir a Terry Lemmon de una de las dependencias.

Portaba un cubo y un paquete de serrín.

—Hola, Terry.

Lemmon parpadeó.

Paulatinamente, una sonrisa asomó a su rostro.

—Buenas noches... Eres el policía, ¿verdad...? No recuerdo tu nombre.

—Richard.

—Ah, sí... Richard... Tengo mucho trabajo, ¿sabes? Hay un escape de agua en el almacén, y se ha inundado todo aquello... Adiós...

Lemmon descendió la escalera.

El

G-man

recorrió el corto pasillo llegando a la tercera y última de las puertas.

No se molestó en llamar.

Hizo girar el pomo.

Matt Landis estaba tras la mesa escritorio. Con unos papeles en sus manos. Alzó la mirada.

—¡Murphy...! ¡Qué agradable sorpresa! ¿En qué puedo servirle?

Richard Murphy cerró tras de sí.

Avanzó hacia la mesa.

Con la mirada fija en Landis.

Era un individuo que le repugnaba. Viscoso como una babosa. Conocía su historial delictivo. La mayoría de las condenas sufridas por Landis motivadas por delitos sexuales. Violaciones y perversión de menores llenaban varias hojas de su ficha.

—No seas hipócrita, Matt. De seguro me has visto llegar por el mirador —Murphy señaló el espejo mural—. Ocupas la silla de Crichton, ¿verdad?

—Alguien tenía que hacer frente al negocio y a las deudas. Yo poseo una pequeña participación en el Royal Flush. Ahora, con la triste muerte de Ralph...

—No llores, Matt.

En el amarillento rostro de Landis se dibujó una forzada sonrisa.

—¿Qué quiere de mí, Murphy?

—Sólo algunas preguntas. ¿De quién fue la idea de... suicidar a Sally Hingle?

—No sé de qué me habla.

Murphy chasqueó la lengua.

—Mal empezamos, Matt. Pero dejemos la sucia jugada de Crichton. Ya pagó por ella. Tú lo sospechaste y te fuiste de la lengua con Frank Jaeckel.

—Oiga, Murphy...

Landis hizo ademán de incorporarse.

Perfecto para Murphy.

Quedó a su alcance.

El brazo derecho trazó un semicírculo al encontrar la diestra el rostro de Landis. El trallazo le derribó de nuevo sobre la silla.

—Cómo te iba diciendo, contaste a Frank tus sospechas. Y el bueno de Frank Jaeckel decidió chantajear a Shepard. La policía descubre que Shepard mató a Crichton, y entonces deja de interesar a Frank. ¿Qué ocurrió luego? ¡Ah, amigo Matt...! El mundo está lleno de enigmas. Aparece el cadáver de Frank Jaeckel, y el mismísimo Dam Shepard dirige un ataque contra la policía con el fin de llevarse algunos recuerdos de su *bungalow*. ¿Entiendes tú algo?

Landis no respondió.

De la comisura de sus labios resbalaba un hilillo de sangre.

Sus ojos, cargados de odio, sí hablaron por él.

—No entiendes nada, ¿verdad, Matt? Yo tengo una pequeña hipótesis, pero para corroborarla necesito hablar con Shepard. De seguro ya no piensas pagar la cuota a Simonetti.

Tienes un nuevo amo. Pues bien, Matt. Voy a hacerte un importante encargo.

Murphy tomó pluma y papel.

Escribió un número.

—Dile a Shepard que quiero hablar con él. No como agente del F. B. I., sino como amigo. Este número de teléfono no pertenece al departamento ni tan siquiera a mi domicilio. Es el departamento de una amiga. Estaré en él esperando la llamada de Shepard. Esta noche. Que me cite en el lugar que considere más apropiado. Yo acudiré solo y sin armas. ¿Entendido?

—¡No, maldita sea...! Todo cuanto me ha dicho carece de sentido para mí. No sé nada de...

Landis no pudo concluir la frase.

Fue violentamente atrapado por el G-man.

Richard Murphy le cogió por las solapas del *smoking* alzándole de la silla.

—Escucha con atención, hijo de perra piojosa... Vas a obedecerme. Transmitirás mi mensaje a Shepard. Punto por punto, ¿comprendido? ¡Ahora mismo actuarás! En caso contrario, te enfrentarás conmigo. No con el

F. B. I., sino conmigo. ¡Y ya sabes cómo las gasto, Matt!

Murphy le proyectó sobre el sillón giratorio.

El asiento se desplazó hasta tropezar con la pared.

El impacto hizo caer a Landis que gateó temeroso hacia la mesa.

Al incorporarse, su rostro expresó una musca de alivio.

Richard Murphy ya se había marchado.

* * *

Joanna reía nerviosamente.

—¡No podía creerlo, Richard...! ¡Tres plenos consecutivos! ¡Fue algo emocionante! ¡He ganado cerca de cuatro mil dólares!

Murphy giró el volante adentrándose por la York Avenue.

—Magnífico, nena. Lo celebraremos en tu apartamento. ¿Tienes champán en la nevera?

—¿En mi apartamento? No, Richard. No me llega la euforia a tanto. Te daré mitad de lo ganado y en paz.

—¿Qué hay de malo en celebrarlo?

—Nada. Podemos ir al London House, al Empire Room, al Camellia House o cualquier otro elegante *night-club* de Chicago.

—Ya es muy tarde, Joanna. De seguro ya han pasado en todos ellos el último *show*.

—Comprendo. Y quieres que haga yo el número en mi apartamento.

Murphy sonrió.

Desvió fugazmente la mirada hacia la muchacha.

—Oye... Ésa no es mala idea.

—¿Qué prefieres... *striptease* o porno?

—Sorpréndeme.

—Lo haré, Richard. No lo dudes.

El auto llegó a Morris Road. Dobló por la tercera bocacalle. Estacionó próximo al 1845 de Lusson Street.

—Ya hemos llegado.

—Buenas noches, Richard. Ha sido una velada maravillosa.

—Joanna...

—¿No querías una sorpresa? Pues ya la tienes. ¡El irresistible Murphy!

La muchacha descendió del auto.

El agente del

F. B. I.

le dio alcance ya a la entrada del edificio.

—Joanna... he cometido una estupidez. Resulta que he dado tu número de teléfono. Espero una llamada muy importante.

—¿De veras? ¿Por qué no has dado el teléfono de tu apartamento?

—No quiero ir a mi apartamento por temor a ser localizado por el inspector Sutherland o cualquiera de los compañeros. Llevo el caso por mi cuenta.

La joven rió divertida.

—Eres un mal mentiroso, Richard; pero me has convencido. Creo que tengo una botella de champán en el frigorífico.

El apartamento de Joanna era reducido. Acogedor. Con mobiliario confortable y moderno.

La decoración acusaba la mano femenina.

Murphy silbó admirando el salón.

—Bonita cueva, Joanna. ¡Tenías que ver mi apartamento!

—Lo imagino. De ahí que no acepte tus continuas invitaciones para visitarlo.

El

G-man

atrapó a Joanna por la cintura.

—Tampoco me permitías subir y aquí estoy.

—¿Quieres ver cómo...?

Los labios de la muchacha quedaron aprisionados por los de Murphy.

La reclinó suavemente sobre el sofá que adornaba el centro del salón.

La diestra de Murphy se deslizó por los turgentes senos femeninos. Fue hacia los muslos.

—No, Richard... No... —gimió Joanna—. Déjame... No...

Murphy se vio rechazado.

La joven, sin darle tiempo a reaccionar, se incorporó del sofá abandonando precipitadamente la estancia.

Murphy quedó perplejo.

Se despojó de la chaqueta arrojándola sobre el sofá. También se desprendió de la funda sobaquera donde pendía el revólver del treinta y ocho.

Se disponía a encender un cigarrillo cuando le llegó la voz de Joanna.

—¡Richard...! ¿Puedes venir un momento?

Murphy descubrió la abierta puerta del corredor.

El dormitorio.

La habitación en tenue penumbra.

Joanna descalza sobre la alfombra.

Junto al lecho.

El vestido de muselina cuidadosamente extendido sobre la butaca del boudoir.

—No quería arrugarlo —sonrió Joanna—. Ayúdame, Richard. Se ha enganchado el cierre...

Murphy tragó saliva.

Avanzó hacia la muchacha.

El seductor cuerpo de Joanna, sólo con aquellas dos prendas íntimas, minúsculas.

Un sujetador de encaje negro transparente y el *slip* igualmente calado.

Murphy se situó a espaldas de la muchacha.

La besó en la nuca, en el lóbulo, en el cuello...

Sintió estremecer el cuerpo de Joanna.

Richard Murphy manipuló en el cierre del sujetador. La prenda cayó al suelo.

Joanna giró.

Se miraron a los ojos.

Murphy la tomó por los hombros besándola en la boca. La reclinó sobre el lecho. Sin interrumpir los apasionados besos.

Introdujo la mano derecha bajo el elástico del *slip*.

Y cuando el ardor de las caricias iba en aumento, en desenfrenada pasión, sonó el timbre del teléfono.

La maldición brotó instintiva de Murphy.

Joanna parpadeó estupefacta.

—Están... están llamando...

Richard Murphy se incorporó reflejando en su rostro una fría sonrisa.

—Sí, Joanna. La llamada que esperaba.

—Entonces... ¿Era verdad?

Murphy no respondió.

Tomó el auricular depositado sobre la mesa de noche. De la apasionada y ardiente Joanna iba a acudir junto a los glaciales

brazos de la muerte.

CAPÍTULO XII

Richard Murphy descendió del auto.

La basura ya había sido retirada de las calles. También el servicio nocturno de limpieza había concluido su labor.

Chicago, aquel gigantesco monstruo de cemento, parecía dormido. Calles desiertas, silenciosas, oscuras...

Faltaban pocas horas para el amanecer de un nuevo día.

Murphy acusó en el rostro la fría brisa procedente del Lake Michigan.

El luminoso del Royal Flush estaba eclipsado. Sólo la deficiente iluminación de la farola.

El agente del

F. B. I.

avanzó hacia el callejón.

La salida de servicio del Royal Flush.

Se detuvo junto a la puerta.

Empujó la pesada hoja de madera que cedió emitiendo un penetrante chirriar.

Durante unos instantes permaneció inmóvil, acostumbrando sus ojos a la oscuridad reinante.

Se adentró por el largo corredor.

Vestuarios de empleados, almacén, talleres de máquinas de juego...

Richard Murphy encontró la puerta que comunicaba con la sala principal. Sólo iluminada por pilotos rojizos de posición.

Las mesas de ruleta, dados, *black-jack* y demás, protegidas por lonas. También las slot-machines tragamonedas. Semejando fantasmagóricas figuras de ultratumba.

El silencio fue roto por una voz que se extendió como en una caja de resonancias.

—Estoy aquí, Richard. Espera...

Se encendió una lámpara.

Situada sobre el semicircular mostrador.

Sí.

Allí estaba Dam Shepard.

Con una elegante chaqueta de pana, camisa de seda y pañuelo anudado al cuello. En su diestra un vaso de *whisky*.

Murphy avanzó lentamente.

Al llegar junto al mostrador alzó las manos.

—No es necesario registrarte, Richard —sonrió Shepard—. Te conozco. Eres lo suficientemente estúpido como para venir solo y desarmado.

—Soy un hombre de palabra, Dam.

—Cierto. El fiscal Tamblyn te considera un pésimo agente, pero para mi eres el mejor. He discutido con Tamblyn por eso. Eres indisciplinado, violento, pacías con delincuentes, violas derechos constitucionales... Lewis Tamblyn añora los

G-men

de Hoover. Fieles y obedientes. Cumplidores de cualquier orden. Incluida la de matar a un presidente.

—Calumnias, Dam. Ni el

F. B. I.

ni la

C. I. A.

determinaron la muerte de Kennedy. Tú y yo sabemos que fue el Pato Donald.

Shepard volvió a reír.

La carcajada fue cesando poco a poco hasta ensombrecer por completo su rostro.

Enfrentó su mirada a Murphy.

—¿Qué ha ocurrido, Dam?

—No lo sé, Richard. Juro que no lo sé. Yo mismo me asombro de la transformación; pero no estoy arrepentido de ella. Todo empezó aquí. En el Royal Flush. Por Sally. ¿Conoces la jugada de Ralph Crichton?

—Sí.

Shepard chasqueó la lengua.

—Pobre Sally... No le guardo rencor. Con Crichton es distinto. Mil veces le hubiera enviado al infierno. Engañó a la infeliz Sally.

—También tú nos engañaste a todos.

—¿Yo? ¿Por qué? Reconozco que he dado un espectacular salto. De peón de la justicia, a rey del crimen organizado. Sí, Richard, he heredado el imperio de Frank Jaeckel. Su lugarteniente *Curry*, Brancroft... todos me han aceptado. Son inteligentes. Saben que conmigo triplicarán los beneficios. Tengo muchos planes en mente.

—Estás loco, Dam. Antes de veinticuatro horas te encontrarás cercado por el

F. B. I.

—Dudo que puedan localizarme. Ésa será una de las ventajas. Un jefe invisible que dicta órdenes desde las sombras.

Murphy sacudió la cabeza.

—Maldita sea, Dam. Procura razonar. Todo empezó por un ridículo temor a enfrentarte con la realidad. Se complicó con la muerte de Crichton, y ahora...

—Ahora mi nombre será conocido en todos los EE. UU. Me convertiré en el enemigo público número uno. Apuesto que ya figuro en la lista de los diez más buscados por el

F. B. I.

—¿Y eso te enorgullece?

—Por supuesto, Richard. Jamás hubiera destacado como abogado. El mérito siempre sería para Tamblyn. Confesar haber dado muerte a Crichton me hundiría para siempre. Aún con una sentencia mínima, estaría acabado. Lo comenté a mi madre. Tú sabes que ella siempre guió mis pasos. Me aconsejó acabar con Crichton.

Murphy entornó los ojos.

Dirigió a Shepard una penetrante mirada.

—Tu madre está muerta, Dam.

—Lo sé, pero eso no impide que hable con ella. Y ella me responde. Sigue guiando mis pasos desde el Más Allá. Como hizo siempre. Y sin ella soy un pelele.

—Dam...

—Tú la conociste, Richard. ¿Recuerdas su ambición? Quería que yo fuese el número uno. Voy a conseguirlo. Me adueñaré de Chicago. Mi organización hará palidecer a la mismísima Mafia. Conozco los métodos de la justicia en su lucha contra el crimen organizado. Y él conocerlos será mi mejor arma. Por lo pronto voy a

inundar de heroína todo el estado de Illinois. La prostitución organizada envolverá a funcionarios y personas influyentes. La corrupción y el soborno serán las llaves del triunfo. ¡Dam Shepard, el enemigo público número uno!

—No consentiré nada de eso, Dam.

Shepard apartó el vaso de *whisky*.

Introdujo la mano derecha bajo el mostrador, al descubrirla de nuevo empuñaba una «Super-Star» con tubo silenciador acoplado al cañón.

—Lo sé, Richard. Y lo lamento. Tú eres el único que me inquieta. El único a quien temo. No quería aceptar tu cita. No quería matarte. Susan me convenció. ¿Conoces a Susan Helpman?

—Seguro. La reina de las furcias.

Shepard sonrió.

Fríamente.

—Sigues juzgando muy duramente, Richard. No lo hagas. Nadie es perfecto. Yo me consideraba un hombre digno, honrado... ¡Dios! Cómo juega el destino con nosotros... Cómo se burla...

—Te aconsejo que no dispaes, Dam. El Royal Flush está rodeado por agentes del

F. B. I.

Shepard rió en desaforada carcajada.

—No te creo. Eres hombre de palabra. Ése es tu mayor defecto. Estaba tan seguro de que acudirías solo y desarmado, que he rechazado toda escolta. También yo estoy solo... pero no desarmado. Lo lamento, Richard, amigo...

Shepard alzó levemente el cañón del arma.

Apuntando a la cabeza del

G-man.

Cuando se disponía a apretar el gatillo, surgió la fantasmal figura de entre las sombras.

Había permanecido agazapada tras unas cajas situadas al fondo del mostrador.

La hoja de acero brilló fugazmente en la oscuridad.

Segundos antes de hundirse brutalmente en la espalda de Shepard...

El cuchillo volvió a perforar la carne.

Una y otra vez.

—¡Quieto, Terry! —gritó Murphy, saltando por encima de la barra.

Terry Lemmon, inclinado sobre el caído y ensangrentado Shepard, detuvo su diestra en alto.

El cuchillo goteaba sangre que resbaló por la empuñadura serpenteando seguidamente por el brazo de Lemmon.

—¿Por qué? —inquirió Terry Lemmon, con una perpleja mueca—. Es Dam Shepard... El hombre que mató a Sally... Les vi salir juntos... Aquella noche... Sally me lo dijo... Dijo que iba a morirse, pero que volvería... y ella no ha vuelto... ¡Él la mató!

—Suelta el cuchillo, Terry.

Lemmon contempló el ensangrentado cuerpo de Dam Shepard.

Soltó el cuchillo.

—Sí... Ya está muerto... Fue una suerte quedarme en el Royal Flush... Estaba en el almacén... Porque aquí hay mucha agua... Vi entrar a Dam Shepard... le reconocí... el hombre que mató a Sally... es un hombre muy malo, ¿verdad?

El agente del

F. B. I.

dio la vuelta al cuerpo de Shepard. Le vio abrir los ojos y mover levemente los labios. Su voz sonó audible.

—Ayúdame... mamá...

Fueron sus dos únicas palabras.

Un estertor ahogó de sangre su boca taponándola para siempre.

EPÍLOGO

Richard Murphy chasqueó la lengua tras vaciar la copa de *brandy*.

Se reclinó en el sofá.

—Una magnífica cena, Joanna. Gracias por invitarme. Me gusta tu apartamento, ¿sabes? Hace unas semanas tuve que salir algo precipitadamente.

Joanna se acomodó junto al G-man.

Por la expresión de su rostro no compartía la euforia de Murphy.

—¿Es cierto lo que se comenta en el Departamento, Richard?

—¿A qué te refieres?

—¡Oh, Richard...! Demasiado lo sabes. Dicen que se está tramitando tu traslado. Un traslado disciplinario iniciado por el inspector Sutherland.

Murphy sonrió.

—El inspector me aprecia. Considera que mis servicios serán más recompensados en Oklahoma.

—¡Oklahoma!

—¿Qué ocurre?

—Oklahoma está catalogada como zona de castigo para los agentes del Federal Bureau of Investigation. Dicen que aquello es peor que...

—Tranquila, Joanna; Me considero muy afortunado. Sutherland pensó en principio trasladarme a Alaska. En Oklahoma no lo pasaré mal. Enseguida hago amigos.

—No es justo, Richard. ¡No lo es! El

F. B. I.

ha conseguido un gran triunfo dismantelando parte de la organización de... de...

—No te calientes la cabeza, pequeña. Cierto que después de la

muerte de Frank Jaeckel y Dam Shepard la organización inició una desbandada que permitió que actuáramos con notable éxito. Los de narcóticos nos han felicitado por descubrir el cargamento más importante de heroína que se recuerda. Todo son felicitaciones, pero yo he sido sometido a expediente disciplinario. Un agente del F. B. I.

debe respetar ciertas normas, actuar de acuerdo con sus superiores y...

—De hacer eso, Dam Shepard sería ahora el enemigo público número uno.

Murphy esbozó una amarga sonrisa.

—Olvida eso. No quiero hablar de ello —Murphy abarcó la cintura femenina—. Oye, Joanna... Dejamos pendiente algo el otro día, ¿recuerdas?

—Quiero ir contigo, Richard. A Oklahoma. Pediré mi traslado.

—Sí, nena —la besó en el cuello—. Lo que tú digas...

—Hablo en serio, Richard. El Departamento técnico no depende de Sutherland. Me iré contigo y...

Los labios de la muchacha quedaron sellados por los de Murphy.

En apasionado beso.

Se recostaron en el sofá.

Intercambiando caricias.

Joanna, en esta ocasión, no fue tan cuidadosa con el vestido.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 35 PTAS.**

NOTAS

[1] Special Agent Charge (Agente Especial Encargado). < <